

Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

CHICA.

HOMBRE.

PIANISTA-ACTOR.

Primera parte

Oscuro. Lentamente sonido de metro. Mientras va aumentando el volumen... Efecto ventanillas pasando sobre un HOMBRE agarrado a una de esas cosas que tienen los metros para no caerse. Lleva gabardina. Volumen al máximo como si los vagones circularan sobre la cabeza del público.

Después...

El metro se detiene. Frenazo. Cesa efecto ventanillas.

Luz general. Hemos llegado a alguna estación.

Sonido puertas que se abren. Murmullo gente que entra. Empujada por la muchedumbre, aparece una CHICA. Tropezada con el HOMBRE. Va vestida con abrigo.

CHICA.- Perdón.

(Las puertas vuelven a cerrarse. Los vagones se ponen en marcha otra vez. De nuevo, efecto ventanillas. Ahora sobre los dos. El volumen del sonido aumenta y luego disminuye para que se pueda escuchar el diálogo.)

CHICA.- ¿Le hice daño?

HOMBRE.- Si me hubiera hecho daño, lo habría dicho.

(Y como puede, saca un periódico del bolsillo e intenta leerlo. No es fácil. El vagón se mueve mucho. De pronto, en una curva, el HOMBRE pierde su estabilidad y estará a punto de caer sobre la CHICA. La pisa.)

HOMBRE.- Perdona. ¿La pisé?

CHICA.- Si me hubiera pisado, lo habría dicho.

(El HOMBRE la mira detenidamente. Sonríe. Incluso coquetea.)

HOMBRE.- Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

(Oscuro. Luego, luz. En escena hay un PIANISTA que toca: «Tu vida y mi vida, jamás en el mundo podrán separarse». A la vista del público se transforma el decorado que es ahora un piso juvenil del final de los años cincuenta. El HOMBRE le cuenta al público mientras se quita la gabardina...)

HOMBRE.- Nos casamos. A los treinta días. El tiempo justo de arreglar los papeles, publicarse las amonestaciones, alquilar un piso y comunicárselo a nuestros padres. Naturalmente, fue un desastre.

(Llega la CHICA con una bandeja con el desayuno. Se ha quitado el abrigo y sobre el vestido se ha puesto un delantal. La música queda de fondo.)

CHICA.- Claro, porque tú no querías una mujer; querías una criada.

HOMBRE.- No es verdad. No me gustan las criadas.

CHICA.- Para llevártelas a la cama, no sé, pero para hacerte el desayuno, desde luego.

HOMBRE.- Siento mucho respeto por la gente que trabaja. Yo no mezclo.

CHICA.- No te hagas el progresista. También yo trabajo, y bien que te gusta acostarte conmigo. **(Mientras habla, va colocando sobre la mesa unas tacitas, cucharillas, pan de molde, mantequilla, la tetera...)**

HOMBRE.- Es que contigo estoy casado.

CHICA.- No lo digas como si fuera una obligación. El día que no quieras... con avisarme...

HOMBRE.- No se trata de eso. Te estaba explicando, simplemente, que no tenía el proyecto más o menos inmediato de acostarme con la criada... aunque la tuviéramos. Deberías agradecermelo.

CHICA.- Pues a la asistenta que tuvimos el mes pasado le ponías ojitos.

HOMBRE.- No es verdad, no le ponía ojitos. Me limitaba a mirarla cuando la encontraba en el pasillo porque si no trompezábamos.

CHICA.- Ya, ya, pero te pasabas todo el día dándole las gracias.

HOMBRE.- Únicamente cuando me traía el agua para tomarme las pastillas contra la acidez de estómago. ¿Qué querías? ¿Que la hubiera insultado? Yo soy una persona educada, ¿sabes?

CHICA.- No siempre.

HOMBRE.- ¿Cómo que no siempre?

CHICA.- Antes me cedías el paso en las puertas, me agarrabas de la mano al cruzar una calle, me llevabas a tu derecha cuando paseábamos, corrías para abrirme el coche, te levantabas en el restaurante si iba a telefonar... En fin... todo eso.

HOMBRE.- Mujer, éramos novios.

CHICA.- Ah, y porque ahora estamos casados, ¿tienes que portarte como un grosero?

HOMBRE.- No me porto como un grosero. Lo que ocurre es que no tengo tiempo de fijarme en estas tonterías.

CHICA.- ¿Lo ves? Siempre dices lo mismo. Ser amable con tu mujer no es una tontería. Al contrario.

HOMBRE.- Escucha, el próximo mes de junio cumpliremos dos años de matrimonio. Es natural.

CHICA.- No, hombre, no. ¡Qué va a ser natural...! Esa es una justificación idiota.

HOMBRE.- ¡No me llames idiota!

CHICA.- No te lo llamo a ti, sino a la justificación.

HOMBRE.- Es que la justificación es mía.

CHICA.- Bueno, pues allá tú. Lo que quiero explicarte, a ver si te enteras, es que una mujer quiere que la traten con educación... siempre. Antes y después del matrimonio. ¿Está claro?

HOMBRE.- Ya te he explicado que precisamente yo soy una persona fina... educada...

CHICA.- Será con la asistenta, porque lo que es conmigo...

HOMBRE.- Pero, bueno, ¿qué esperabas? ¿Que le hubiera puesto la zancadilla cuando me traía el vaso de agua?

CHICA.- Le decías «gracias» de una manera muy especial.

HOMBRE.- Nada de especial. Le decía, simplemente, gracias.

CHICA.- Y de paso le mirabas las piernas.

HOMBRE.- Sería casualidad.

CHICA.- Sería que te gustaban.

HOMBRE.- Puede. Las tenía bastante bien.

CHICA.- ¿Ah, sí?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- ¿De modo que te hubiera gustado llevártela a la cama?

HOMBRE.- Sí... no... bueno... quizá.

CHICA.- ¿Aunque fuera una pobre obrera víctima del sindicato vertical?

HOMBRE.- Quién sabe.

CHICA.- ¿Ves cómo te contradices? ¿No habías dicho antes que respetas mucho a la gente que trabaja?

HOMBRE.- ¿Y qué? Me podría haber acostado con ella su día libre.

CHICA.- Está bien.

(Hay una pausa. Parece que va a ocurrir algo terrible. Pero no. Tranquilamente, la CHICA empieza a recoger el desayuno.)

HOMBRE.- ¿Qué haces?

CHICA.- Ni té, ni limón, ni tostadas, ni mantequilla, ni mermelada de ciruelas, ni huevos pasados por agua -tres minutos-, ni «cornflakes», ni zumo de pera, ni azúcar refinado «envasado especial para esta casa», ni servilletas de papel haciendo juego.

HOMBRE.- O sea, que no desayuno.

CHICA.- Exacto. No desayunas.

HOMBRE.- Te advierto que en la calle hay cafeterías.

CHICA.- Y putas. Las calles estarán llenas de cafeterías y de putas. Sólo que hay que pagarlas.

HOMBRE.- Adiós. Hemos terminado.

CHICA.- Felices Pascuas.

(El HOMBRE se va y la CHICA habla con el público.)

CHICA.- No era Navidad. Sólo es Navidad cuando quiere El Corte Inglés, lo cual a la larga termina siendo bastante aburrido. De todas formas, y o siempre que acabo con un señor le digo «Felices Pascuas». No es que le moleste mucho, pero por lo menos le desorienta. Y mientras piensa si me tiene que enviar un «christmas», la que abre la puerta y se larga soy yo. En este caso no lo hice porque estaba segura de que volvería. Todos los maridos vuelven; por eso el matrimonio tiene tanto éxito entre las feas. Aparte de que, bueno, tampoco la discusión había sido tan grave. En el fondo, y o estaba convencida de que a mi marido no le gustaba la asistenta, que era monilla, eso sí, pero que, en fin, conmigo no se podía ni comparar. Lo que ocurre es que estaba un poquito molesto porque cuando nos casamos pensaba que yo era virgen y, como luego resultó que no, pues claro, de ahí venían todos los problemas. ¡Qué estupidez! ¿Cómo iba yo a pasarme veintiún años de mi vida arrastrando mi virginidad por los cines de sesión continua como si fuera tonta? No, hombre, yo dejé de ser virgen, aprovechando un viaje de fin de curso, a los diecinueve años, en un hotel en Laredo con un italiano guapísimo que era primo segundo de Renato Carosone y que se llamaba Franco. **(Pausa. Se queda mirando al público como esperando alguna reacción. Aclara.)** Franco Guarini, ¿pasa algo?

(Oscuro. El PIANISTA toca una canción famosa de Renato Carosone. Algo así como «Questa piccolissima serenata». Mientras la CHICA hablaba, se cambió el otro decorado. En el que ahora vemos, hay una cama y un señor dentro: es el HOMBRE quien, desde ahora, se expresará con acento italiano. Cuando la CHICA termina su párrafo, se mete en la cama con él.)

HOMBRE.- ¡Mamma mía! ¡Qué dificultad!

CHICA.- Te dije que era virgen.

HOMBRE.- *Certo, ma io non lo credeva.*

CHICA.- No lo creías, no lo creías... pues hijo, estaba clarísimo. Papá que se pasa a «los nacionales» cuando la guerra, mamá que se dedica a sus labores y que acaba haciendo mantillas para Semana Santa, la abuelita que tiene una tienda de velas en la calle Mayor, el abuelo que me lleva a ver la iglesia de la Almudena los domingos por la mañana; luego, dos años de alumna en el Sagrado Corazón de Jesús, cinco en Las Esclavas, seis meses de Servicio Social y un cursillo de verano en el Castillo de la Mota y ¿todavía dudabas de que fuera virgen? A ti lo que te pasa es que además de italiano eres tonto.

HOMBRE.- *Ma... ¿cómo tonto? En Italia questo es diferente.*

CHICA.- En Italia no sé, pero aquí o tomas la sublime decisión de meterte en la cama con un señor o terminas incorrupta como Santa Teresa.

HOMBRE.- *Sí, certo. Ma a desso aviamo un problema. Io te voglio... te voglio bene... Tu sei virgen e io debo casarme con te.*

CHICA.- Ah, no, eso no. Hasta ahí podían llegar las bromas. Mira, Franco, hemos pasado un ratito juntos, y o he dejado de ser virgen y punto. ¿Por qué tenemos que casarnos?

HOMBRE.- Porque tu *sei* virgen, *carissima*.

CHICA.- Está bien: Yo «era» virgen, pero tampoco es para que te vuelvas loco.

HOMBRE- Ma en Italia... *Io non conosco nessuna virgine... c'e una cosa molto extraña... molto sorprendente... ¿capisce?*

CHICA.- Sí, sí, comprendo, en Italia debe de ser rarísimo, pero aquí con Franco -no contigo; con el otro, me refiero- las mujeres tenemos que ser vírgenes porque somos portadoras de valores eternos.

HOMBRE- ¿Cómo?

CHICA.- Es muy difícil de explicar. No te preocupes. Tú a lo tuyo.

HOMBRE- *Certo... certo... ma... io non capisco niente. Si per la Spagna c'e molto importante la virginitá, ¿¿per qué tú voleva perdere la tua?*

CHICA.- ¡Jo...! Porque una cosa es España y otra soy yo. Aunque a veces pueda parecer lo contrario, tenemos problemas diferentes. ¿Qué? ¿Nos vamos a Santander a ver la Porticada?

HOMBRE- *Aspetta un attimo, carina. Io sono molto preoccupato. Questa historia de fare l'amore con una virgine ma ha arrivato per la prima volta e... io sono molto serio... molto caballeroso... Credo que debo casarme con te.*

CHICA.- ¿Conmigo? No, por favor, no insistas.

HOMBRE- *Si, con te. Tú sei virgine e l'onore... l'onore c'e una cosa grave... terribile... dramática...*

CHICA.- Oye, nada, eh, de eso nada. Si a ti te quedan tics de cuando Mussolini yo no tengo la culpa. Me he acostado contigo justamente porque estaba harta de ser virgen... harta de que mi madre me diera la tabarra todos los días con este asunto... harta de hablar del sexo escondidas en los lavabos del Instituto... Y te he elegido a ti porque eres extranjero, porque pasado mañana te vuelves a Torino a tu mesita en el departamento de relaciones públicas de la Fiat y lo más probable es que no te vuelva a ver nunca más. Te he utilizado, ¿sabes?, a ver si queda claro. O sea, que de casarnos... nada... niente... otro daría... cuando sea mayor.

HOMBRE- *Va bene. Allora... no matrimonio.*

CHICA.- No.

HOMBRE.- *Ma... al menos, ¿te ha piaciuto?*

CHICA.- ¿El qué?

HOMBRE.- El amor. ¿Te ha gustado?

CHICA.- Oh, sí, sí, una barbaridad. ¡Inolvidable!

(Cambio brusco de luces. La CHICA se adelanta al público mientras el HOMBRE prepara la escena siguiente.)

CHICA.- Mentía. Mentía yo y mentimos todas. Siempre hay que mentir, porque si no ellos, los hombres, se llevan un disgusto horroroso. La primera noche de amor es un desastre. En primer lugar, la novedad distrae muchísimo y así no hay manera de concentrarse. Y luego, un señor encima es algo bastante incómodo, aparte de absolutamente antinatural. Yo no sé lo que pensarán ustedes, pero yo... insisto: la primeranocheunacatástrofe. Y la segunda. Y la tercera.

(Interviene el HOMBRE, que ya no habla con acento italiano.)

HOMBRE.- Según esta teoría, el mundo se habría acabado hace mucho tiempo.

CHICA.- Más le hubiera valido porque, tal como está, no tiene gracia.

HOMBRE.- No tendrá gracia, pero cada vez hay más clientes.

CHICA.- La gente hace el amor por costumbre. Porque hacer el amor tiene buena prensa. Parece «progre». Y luego porque se aburren. Si la Tele estuviera más entretenida, la gente se iría menos a la cama.

HOMBRE.- Lo que pasa es que no te gusta hacer el amor, confiésalo.

CHICA.- Ese no es un problema mío, sino vuestro. No es posible pasarlo bien con un ignorante: deprime.

HOMBRE.- Todas las mujeres decís lo mismo desde que os creéis autosuficientes y desde que os habéis apuntado al feminismo.

CHICA.- Yo estoy apuntada al feminismo desde que nací, y en cuanto a mi autosuficiencia... A propósito: ¿usted quién es?

HOMBRE.- Tu marido.

CHICA.- (Al público.) ¿Lo ven? Lo dije: volvió.

(Música. El PIANISTA toca «Madrecita del alma querida». El HOMBRE está cambiándose de ropa mientras habla con los espectadores.)

HOMBRE.- Por supuesto que volví. ¿Qué iba a hacer? ¿irme de putas? No. Mi «santa esposa» tiene razón. A las putas hay que pagarlas y esto, en el fondo, siempre es humillante, además de carísimo. Y luego que a mí no me gustan las putas. No es por hacerme el fino, pero nunca me han gustado. En realidad debo confesar que yo a estas cuestiones del sexo llegué con cierto retraso. No es que creyera que los niños vienen de París, porque en la posguerra española sólo venían de París los rojos, pero, en fin, digamos que no estaba demasiado interesado por el tema. Aparte de que, bueno, el ejemplo que tenía en casa no era precisamente como para darse prisa. Disculpen: ahí está mi madre.

(Baja una lámpara de la época y se colocan bajo ella el HOMBRE y la CHICA, quien hace ahora de madre.)

CHICA.- Hazme el favor de venir aquí en seguida, ¿me oyes? Es la hora de dormir. ¿Cuántas veces he de decirte que es la hora de dormir? ¿Eh? ¿Cuántas?

HOMBRE.- Ninguna.

CHICA.- ¡Descarado! ¡No contestes así a tu madre! ¿Qué pasa? ¿Que ya te crees que lo sabes todo? ¡No te digo...! ¿Y para esto tu tío Manolo ganó la guerra? A ver esas manos. **(El HOMBRE-NIÑO enseña las manos. A la CHICA-MADRE le da un soponcio.)** ¡No te has lavado las manos! ¡No te has lavado las manos! Ahora mismo vas a lavártelas y no vuelvas por aquí hasta que se pueda comer sopas en ellas. ¿Te enteras? ¡Sopas! **(El HOMBRE se dirige hacia un supuesto lavabo.)** Espera. Acérate. Abre la boca. **(El HOMBRE abre la boca.)** ¡Y esos dientes...! ¡Esos dientes! Pero, ¿es que no te da vergüenza? ¡Sucio, más que sucio! ¿Y para esto te he comprado yo un cepillo con su pasta y todo? ¡Desagradecido! Venga, a lavarse esos dientes hasta que queden como una patena. ¿Me has oído? Pues que no te lo tenga que repetir dos veces. **(El HOMBRE mima la acción de lavarse las manos y la boca.)** La culpa de todo esto la tiene tu padre, que es un canalla. ¿Me oyes? No, no abras más el grifo para disimular. ¡Un canalla! ¡¡Un canalla!! Porque tu padre, el golfo de tu padre, nos ha abandonado para irse con otra mujer. Una mujer de la calle, a ver si te enteras, una perdida. Ya sé, ya sé, no me digas nada, ya sé que hay cosas que no se deben contar a los hijos, pero es que estoy hasta la coronilla. ¿Te has lavado ya los dientes? Frótate bien de arriba abajo, incluso las encías. ¿Te das cuenta? Yo aquí hecha una mártir, y tu padre Dios sabe dónde, con esa putiplista, de jarana, como si lo viera. Anda, anda, sécate ya las manos que nos vas a dejar sin jabón y no está la cosa como para dispendios. Ven aquí. A ver. Las manos... ¿Y la boca? **(El HOMBRE enseña las manos y la boca.)** Así está mejor. Venga, ahora a rezar un Padrenuestro y a la cama.

HOMBRE.- Mamá...

CHICA.- ¿Qué? No me sulfures, eh, no me sulfures. ¿Qué te pasa?

HOMBRE.- ¿Puedo dormir con el osito?

CHICA.- (Atterrada.) ¿Con el oso de peluche que te regaló mi primo Enrique cuando se marchó a Caracas a buscar petróleo? Pero, bueno, tú te has vuelto loco. ¿De manera que quieres dormir con el oso para estropearlo? Desde luego es que a este niño no se le ocurre nada bueno. Aquí debería estar tu padre para meterte en cintura, pero, claro, como tu padre tiene otras cosas más «entretenidas» en qué pensar... ¡Ay, Dios mío, qué cruz, qué cruz...! Venga, hala, el Padrenuestro y a la cama.

(El HOMBRE-NIÑO inicia el Padrenuestro mientras la CHICA-MADRE se va, lo que aprovecha el HOMBRE para hablarle al público.)

HOMBRE.- Mi padre se cansó un día de la putiplista y volvió a casa. Entonces mi madre, hecha una furia, cogió una sartén, la puso a la lumbre y, sin detenerse a pensarlo, le hizo a mi padre una tortilla de patatas que daba gusto verla de lo bien que olía. Yo, como vi que lo de la reconciliación iba para largo, aproveché que la puerta de la calle estaba abierta y me lancé por ahí a ver mundo. No me dio tiempo de ver mucho porque dos guardias civiles me encontraron junto a una tapia haciendo un pis y me devolvieron a casa. Bueno, pues lo que son las cosas, cuando yo volví, mi padre se había marchado otra vez.

(Aparece la CHICA.)

CHICA.- Hazme el favor de venir aquí en seguida, ¿me oyes? **(El HOMBRE va a su lado.)** ¿De dónde vienes? Te han encontrado en una tapia haciendo pis. ¿Es verdad? No me contestes, que no me gusta que me mientas. Haciendo pis en una tapia... ¿Te parece bonito? Y por si fuera poco, tu padre se ha vuelto a ir de casa.

HOMBRE.- ¿Por qué?

CHICA.- ¿Cómo que por qué? Porque la culpa de todo la tienes tú.

HOMBRE.- ¿Yo?

CHICA.- Sí, porque si tú no te hubieras ido, tu padre se habría quedado en casa. Pero, ¿cómo iba a quedarse en una casa de la que su mismo hijo... su mismo hijo... **(No le sale la palabra.)**

HOMBRE.- (Queriendo ayudar.) Huye.

CHICA.- (Dándose una bofetada.) ¡Descarado! ¿Cómo te atreves a decir estas cosas? Nadie huye del hogar. Pero, ¿qué malas ideas son éstas? A saber quién te las habrá inculcado. En fin, es igual: tu padre se ha largado, a ti te ha traído la Benemérita y yo en casa aguantando. ¿Y sabes por qué? No me contestes que es peor. Porque soy una mujer decente, eso es. ¿O tú te crees que a mí no me han hecho proposiciones? ¿Tú sabes lo que son proposiciones?

HOMBRE.- ¿Preposiciones?

CHICA.- (Dándose otra bofetada.) ¡No me contradigas! Quiero decir que ha habido muchos hombres enamorados de mí, que los he tenido así (hace el gesto característico con los dedos), que bebían los vientos, que suspiraban y me hacían guiños siempre que iba a la tienda de enfrente a comprar vino. Bueno, pues yo nada: impertérrita. Y todo esto, ¿sabes por qué? ¿Sabes de quién es la culpa?

HOMBRE.- Mía.

CHICA.- (Sorprendida, pero reaccionando al vuelo.) Exacto. Porque yo puedo tener muchos defectos, pero a mí a buena madre no me gana nadie. Yo aquí, en casa, donde hay que estar, en mi sitio: que hay que cocinar, se cocina; que hay que fregar, se friega; que hay que hacer las camas, se hacen. Ven, ven aquí, más cerca, mírame a los ojos. ¿Tú crees que si tu padre quisiera hacer las paces yo le admitiría otra vez? Contesta.

HOMBRE.- No sé.

CHICA.- Pues sí le admitiría. Por ti, eh, sólo por ti. Para que el día de mañana no seas un desgraciado, para que no tengas nada que reprocharme, para que no sufras como sé que estás sufriendo ahora porque tu padre, el muy asqueroso, se ha ido por ahí con otra putiplista. Bueno, y ya está bien de ponernos sentimentales. Venga, apaga la luz y vámonos a ver a la tía Matilde, que se ha muerto.

(La luz de la lámpara se apaga y, mientras la CHICA se quita la ropa que se haya puesto para interpretar a la madre, el HOMBRE habla a los espectadores.)

HOMBRE- Realmente la situación matrimonial de mi familia contribuyó más bien a desanimarme.

(La CHICA interviene mientras sigue cambiándose de ropa. Ahora, claro, es ella misma.)

CHICA.- Ah, ¿de manera que pretendes convencer a estos señores (se refiere al público) de que tus problemas sexuales tienen como origen la separación de tus papás? Por favor, no seas ridículo.

HOMBRE- Yo no he dicho eso. Me he limitado a contar una historia verdadera. ¿Me entiendes? Ver-da-de-ra.

CHICA.- ¿Qué insinúas? ¿Que lo que yo digo me lo invento?

HOMBRE- No, que te lo inventas, no; pero sí que le echas bastante fantasía.

CHICA.- Por ejemplo...

HOMBRE- Por ejemplo el cuento ese del italiano... ¿cómo se llamaba?

CHICA.- Franco.

HOMBRE- Ese. Puede que sea verdad, pero tal como tú lo explicas resulta inverisímil.

CHICA.- ¿Por qué?

HOMBRE- Porque una cosa es la vida y otra las películas de Dino Risi. El tipo ese con el que perdiste la inocencia y lo otro parecía un personaje de esos que interpreta Alberto Sordi. Demasiado.

CHICA.- Demasiado o no, para hacer lo que tenía que hacer fue suficiente. Lo que te pasa es que estás celoso.

HOMBRE.- No digas tonterías. ¿Cómo voy a estar celoso de un empleadillo cualquiera de la Fiat?

CHICA.- No era un empleadillo cualquiera. Trabajaba en el departamento de ventas al exterior. Y en Laredo, a la puerta del hotel, tenía un «millecento» que quitaba la cabeza.

HOMBRE.- Pero, ¿cómo va a quitar la cabeza un «millecento»? No entiendes de coches.

CHICA.- La quitaba entonces, diez años antes de que tú te comprases un cochino seiscientos.

HOMBRE.- El seiscientos sería cochino, pero la que estaba empeñada en casarse eras tú.

CHICA.- Claro, me habían educado en esa idea. Todas mis amigas se casaban. ¿Qué querías? ¿¿Que me hubiera ido a tu piso a ver la tele sin pasar por la vicaría? No, hombre, en aquella época eso era impensable. Aparte de que, bueno, en mi casa el matrimonio había funcionado bastante bien. Mis padres no se separaron, como los tuyos. O sea, que mi único drama entonces fue que me suspendieron en matemáticas.

(El PIANISTA toca «Mi casita de papel». Cambian las luces y la CHICA y el HOMBRE interpretan una nueva escena. Estamos ahora, por ejemplo, en un parque. La CHICA lleva unos libros de estudio debajo del brazo y el chico que la acompaña también.)

HOMBRE.- Chica, no sabía. Y, ¿cómo ha sido lo del suspenso?

CHICA.- El «cate», que me tiene fila.

HOMBRE.- ¿Por qué?

CHICA.- ¿Por qué va a ser? ¡Siempre me pregunta a mí...!

HOMBRE.- ¿Y tú qué le contestas?

CHICA.- Nada. ¿Qué le voy a contestar si me pregunta cosas que no sé?

HOMBRE.- Ah, pues entonces te tiene fila, es verdad.

CHICA.- Menos mal que tú me entiendes.

HOMBRE.- Bueno, yo te entiendo porque eres muy simpático.

CHICA.- ¿Te lo parece?

HOMBRE.- Claro.

CHICA.- Tú también eres muy simpático. Si no, no saldría contigo.

HOMBRE.- ¿Nos sentamos en este banco?

CHICA.- Sólo un ratito, que tengo que volver pronto a casa.

(La música que toca el PIANISTA está ahora en primer plano.)

HOMBRE.- ¿Te gusta esta canción?

CHICA.- Es muy bonita.

HOMBRE.- ¿Te la canto?

CHICA.- ¿Sabes?

HOMBRE.- Un poquito.

(Hay una pequeña pausa y se acopla, cuando puede, con la música.)

«Encima las montañas tengo un nido
que nunca ha visto nadie como es,
estará tan cerca al cielo que parece
que ha sido construido dentro de él.
Encima las montañas viviremos
el día que tú aprendas a querer,
y así podrás saber cómo es el cielo
viviendo en mi casita de papel».

(La CHICA se anima y canta con el HOMBRE.)

CHICA y HOMBRE.-

«¡Qué felices seremos los dos
y qué dulces los besos serán,
pasaremos la noche en la luna
viviendo en mi casita de papel!».

**(Los dos se ríen no se sabe si como si hubieran hecho
una pequeña gracia o una pequeña tontería.)**

CHICA.- Cantas muy bien.

HOMBRE.- Y tú.

CHICA.- No, tú más.

HOMBRE.- No, tú.

CHICA.- Bueno, los dos.

HOMBRE.- Y tienes unos ojos muy bonitos.

CHICA.- No digas eso.

HOMBRE.- Sí que lo digo. Y, además, me gusta mucho
tu nombre.

CHICA.- Me llamo Conchita.

HOMBRE.- Ya lo sé. Por eso he dicho que me gusta
mucho.

CHICA.- ¿Y si me llamara de otra manera?

HOMBRE.- No puedes llamarte de otra manera: es así.

CHICA.- Cuánta razón tienes: es así.

(Un silencio. Se miran a los ojos. Luego...)

HOMBRE.- ¿Me dejas que te coja una mano?

CHICA.- No sé... ¿Tú qué crees?

HOMBRE.- Que sí.

CHICA.- Tú es que eres muy lanzado. Como has visto «Gilda»...

HOMBRE.- No es eso. Es que soy el hombre.

CHICA.- Es verdad.

(El HOMBRE coge la mano de la CHICA. Otra pausa.)

CHICA.- Ya me has cogido mucho rato la mano. Tengo que marcharme.

HOMBRE.- ¿Tan pronto?

CHICA.- Es que papá dice que, como a las nueve no esté en casa, se puede armar.

HOMBRE.- Ah, no, entonces no.

CHICA.- ¿Me devuelves la mano?

HOMBRE.- Sí, claro, perdona.

CHICA.- A mí me gustaría que te la quedaras, pero no puedo.

HOMBRE.- Ya, ya sé, te lo notaría tu padre.

CHICA.- Sí; está en todo. Bueno, pues, nada, adiós.

(Se levantan y echan a andar.)

HOMBRE.- Te acompaño un poquito.

CHICA.- Pero me dejas en la esquina de casa, ¿eh? No nos vayan a ver.

HOMBRE.- No te preocupes. Yo soy un caballero. **(Con el fondo musical que sigue tocando el PIANISTA, los dos personajes inician el mutis. Cuando están a punto de desaparecer, el HOMBRE, con cierta brusquedad, suelta la mano de la CHICA...)** Nada, de nostalgia nada. Mira, si te pones cursi lo mejor será que lo dejemos.

CHICA.- A ti todo te parecen cursilerías. ¿Y sabes por qué? Porque te falta sensibilidad.

HOMBRE.- No es un problema de sensibilidad, sino de buen gusto. Simplemente.

(A la CHICA la frase le sienta como un tiro, de manera que le dice al público.)

CHICA.- Bueno, yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

(Y con la mayor dignidad posible, se va. El HOMBRE habla con el PIANISTA.)

HOMBRE.- Lo has visto, ¿no? Si me descuido, empieza a largarnos el rollo del primer amor. El primer amor... ¡vaya una memez...! Me niego a esa estúpida nostalgia de plexiglás, a ese ridículo puzzle de «El Coyote», «Los vieneses», la piscina Stella, Cabalgata Fin de Semana, Vicky Baum, los parches Sor Virginia y los bragueros Hernisan. ¿Tú qué opinas?

PIANISTA.- Yo no opino: toco.

HOMBRE.- Sí, sí, ya lo veo, pero del primer amor... ¿Qué opinas?

PIANISTA.- Hombre, hay que pasar por el primer amor porque si no no se llegaría al segundo. Todo el mundo tiene un primer amor.

HOMBRE.- Yo no. Yo nunca tuve un primer amor: yo sólo tuve a mi prima Eulalia. (**Ahora habla al público.**) Ustedes recuerdan a mi madre, supongo: esa que se sacrificaba tanto por mí y a la que mi padre abandonaba continuamente. Bueno, pues el día que mi padre le dijo a mi madre que nunca más iba a volver por casa, yo me llevé un alegrón. Para que se me notara menos, me fui a jugar con mi prima Eulalia que era algo mayor que yo y que vivía en una buhardilla, justo un piso más arriba que nosotros.

(Cambia la escena y aparece la CHICA interpretando el papel de la prima Eulalia.)

CHICA.- ¿Jugamos a papá y mamá?

HOMBRE.- No, no jugamos a papá y mamá que no me gusta un pelo.

CHICA.- A mí sí que me gusta; es la mar de divertido.

HOMBRE.- Pero, ¿cómo me va a gustar jugar a papá y mamá si mis padres se llevan fatal?

CHICA.- En casa tampoco creas tú que era una verbena. Hasta que un día murió mamá y mi padre mejoró un disparate.

HOMBRE.- El entierro de tu madre estuvo muy bien. Vino mucha gente.

CHICA.- Sí, se llenó la casa de tíos y de tías, y como hacía tanto tiempo que no se veían y se besaban tanto, aquello más que un entierro parecía un bautizo.

HOMBRE.- ¡Qué sabrás tú...!

CHICA.- ¿De qué?

HOMBRE.- De lo que es un bautizo.

CHICA.- Ay, hijo, yo lo sé todo. Hasta sé de dónde vienen los niños.

HOMBRE- ¿De dónde?

CHICA.- Si no jugamos antes a papá y mamá, no te lo digo.

HOMBRE- Bueno, está bien, ¿y cómo se juega?

CHICA.- Pues figura que tú vienes de la calle de trabajar.

HOMBRE- ¿Por qué?

CHICA.- Porque siempre es el hombre el que viene de la calle de trabajar.

HOMBRE- ¿Y tú?

CHICA.- Yo estoy en casa haciendo la comidita.

HOMBRE- ¿Y por qué no al revés?

CHICA.- Porque no tendría gracia. ¿Tus padres no lo hacen así?

HOMBRE- Mis padres se han separado.

CHICA.- Ay, pobre, estarás muy triste.

HOMBRE- No, qué va, estoy encantado.

CHICA.- ¿Y tu madre?

HOMBRE- Ah, no sé, se ha puesto cara a la pared y sólo le oigo decir: «¡Me las pagará!, ¡me las pagará!»

CHICA.- ¡Qué obsesión!

HOMBRE- Bueno, a veces se calla y le da con un martillo al tabique.

CHICA.- Pues va a hacer un agujero.

HOMBRE- Eso es lo que yo le he dicho y he tenido que subir zumbando las escaleras porque si no me pilla.

CHICA.- Ya, ya. (**Práctica.**) De todas formas, no por eso vamos a dejar el juego.

HOMBRE- No, claro.

CHICA.- Habíamos quedado en que tú venías de la calle de trabajar y en que yo estaba en casa haciendo la comidita.

HOMBRE.- Sí. Sólo que yo te había preguntado por qué.

CHICA.- Pero, hombre, no insistas. ¿A ti te gustaría quedarte en casa cocinando?

HOMBRE.- Ni me gustaría ni me dejaría de gustar. Simplemente pregunto que por qué no.

CHICA.- Oye, ¿tú te acuerdas del primo hermano del tío José quien, a su vez, era sobrino por parte de madre de la tía Loreto, a la que atropelló un tractor en la carretera de Burgos y la dejó hecha papilla?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- Bueno, pues ese que se llamaba Mariano, pero que a él le gustaba más que le llamaran Mari Carmen, se hacía la comidita él solo y mamá -que era una santa y en paz descanse y Dios la tenga en su gloria- decía que era un solterón, pero otros de la familia, con un poquito menos de modales, decían que era otra cosa.

HOMBRE.- ¿El qué?

CHICA.- Ven que te lo diga al oído.

(La CHICA le dice al HOMBRE algo al oído, pero éste no se inmuta.)

HOMBRE.- ¿Y eso qué quiere decir?

CHICA.- Oye, tú, ¡qué barbaridad, lo que tardáis en madurar los hombres!

HOMBRE.- Es que a mí esa palabra no me suena.

CHICA.- Tú no te preocupes; con tal de que no te la digan a ti un día... ¿Qué? ¿Jugamos?

HOMBRE.- Como quieras.

CHICA.- De acuerdo. Entonces figura que ya has venido de la calle, que ya me has entregado el sueldo, que ya hemos comido y que ahora vamos a dormir. ¿En-tiendes?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- Hala, venga, yo echo a correr y tú me persigues.

HOMBRE.- ¿Que te persigo...? ¿Para qué?

CHICA.- Para... **(Da la impresión de que va a decirle otra vez algo al oído, pero se arrepiente.)** Para... nada. Para jugar.

HOMBRE.- ¿Y si te pillo es falta y pierdes tú?

CHICA.- Más o menos.

HOMBRE.- ¿Y pagas prenda?

CHICA.- **(Cargada de paciencia.)** Sí, pago prenda.

HOMBRE.- **(Un poco más animado.)** Venga, echa a correr.

CHICA.- Vamos allá. Tú cuenta hasta diez y ya vale.

HOMBRE.- Uno... dos... tres... cuatro... cinco... **(La CHICA sale corriendo y el HOMBRE deja de contar y habla a los espectadores.)** Siempre me pareció un juego estúpido. O quizá es que yo entonces no lo entendía bien. Todos los juegos tienen sus reglas, sus tácticas, sus pequeños trucos... Hay que conocerlos, no cabe duda. No es que yo no me esforzara, que no pusiera buena voluntad... No. Sólo que debía de ir algo... retrasado. Que no me inquietaba el tema, como ya he dicho. Un día, sin embargo, me pareció que empezaba a comprender. No puedo explicar exactamente cómo fue, pero tengo la impresión de que algo cambió dentro de mí. Y sin pensarlo dos veces, subía a casa de mi prima Eulalia y se lo dije. **(La luz descubre a la prima Eulalia delante de un espejo pintándose los labios. El HOMBRE va hacia ella.)** Hola.

CHICA.- **(Que habla con alguna dificultad para no estropear su labor.)** Hola. ¿Qué haces tú aquí?

HOMBRE- (**Visiblemente nervioso.**) Vivo abajo.

CHICA- Ya sé que vives abajo; no soy tonta.

HOMBRE- No he dicho eso.

CHICA- Entonces...

HOMBRE- Nada... que como vivo abajo y no tenía otra cosa que hacer, he subido.

CHICA- ¡Ah!

(Silencio. Se nota que la prima Eulalia está muy seca con el HOMBRE, lo cual contrasta con su actitud de la escena anterior.)

HOMBRE- ¿Qué estás haciendo?

CHICA- Me estoy pintando la boca, ¿no lo ves?

HOMBRE- ¿Y por qué te pintas la boca?

CHICA- Porque así estoy más guapa.

HOMBRE- ¿Y para qué quieres estar más guapa?

CHICA- Oye, tú preguntas mucho, ¿no crees?

HOMBRE- (**Queriendo quitarle importancia.**) Bah... curiosidad.

(La prima deja de pintarse los labios y la emprende ahora con los ojos. El HOMBRE mira la operación interesadísimo.)

CHICA- ¿Qué miras?

HOMBRE- Es que como no lo había visto nunca...

CHICA- Pues debes empezar a acostumbrarte, que ya eres mayorcito.

HOMBRE- Sí, claro... ¿Y qué más te pintas?

CHICA.- ¿Cómo que qué más me pinto?

HOMBRE.- Quiero decir que si además de los ojos y de la boca te haces otros dibujos.

CHICA.- No, no me hago otros dibujos, no soy un indio.

HOMBRE.- Ya me parecía. Sólo que como he visto a mi madre quitarse no sé qué en las cejas y gritar mucho, he pensado...

CHICA.- (**Con malísima intención.**) Es que tu madre se depila.

HOMBRE.- Ah, se depila, ¿eh?

CHICA.- Así está la pobre, que apenas le quedan cejas. Luego se pasa una raya negra por encima y cree que no se nota.

HOMBRE.- ¿Y tú?

CHICA.- No; yo tengo las cejas muy perfiladas; no lo necesito.

HOMBRE.- Y eso que te has puesto en las uñas, ¿qué es?

CHICA.- Laca. ¿No te gusta?

HOMBRE.- No sé... Me parece raro.

CHICA.- Tú sí que eres raro, que desde que pillaste la escarlatina y diste el estirón no hay quien te mire.

HOMBRE.- Si te vas a meter conmigo...

CHICA.- Anda, déjame en paz que me estoy pintando.

HOMBRE.- Es que quería decirte una cosa.

CHICA.- Te advierto que la inauguración del Bernabé ya me la has contado.

HOMBRE.- No, no se trata de eso.

CHICA.- Tú dirás.

HOMBRE.- (**Al que se le nota que está en apuros.**) ¿Jugamos a papá y mamá?

CHICA.- No, hoy no puedo; tengo prisa.

HOMBRE.- (Decidiéndose.) Es que creo que ya he aprendido.

CHICA.- (Sorprendida. Dejando de pintarse.) Vaya, hombre. ¿Y qué es lo que has aprendido?

HOMBRE.- Una cosa.

CHICA.- ¿Qué cosa?

HOMBRE.- Una.

CHICA.- Pero, ¿cuál?

HOMBRE.- No sé si decírtela.

CHICA.- ¿Por qué?

HOMBRE.- Porque es muy especial.

CHICA.- Ah, es muy especial. ¿Y con qué letra empieza?

HOMBRE.- No empieza con ninguna letra.

CHICA.- ¿Estás seguro?

HOMBRE.- Es decir, sí empieza, pero eso es lo de menos.

CHICA.- Bueno, ¿y qué es? Venga, decídetelo que se me hace tarde.

HOMBRE.- (Lanzándose.) Me ha dicho un amigo del cole que la próxima vez que juguemos a papá y mamá y te pille a oscuras te... te...

CHICA.- (Animándose.) ¡Vamos!

HOMBRE.- (De una vez.) Que te tengo que dar un beso.

CHICA.- (Decepcionada.) ¿Eso te ha dicho tu amigo?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- Pues felicítale de mi parte. **(Y sigue pintándose.)**

HOMBRE- ¿Qué? ¿Jugamos?

CHICA.- No; ya te he dicho que hoy no tengo tiempo. **(Dándose importancia.)** Me esperan.

HOMBRE- No es verdad. Lo que pasa es que como ahora ya sé lo del beso, te has asustado.

CHICA.- **(Absolutamente harta.)** Mira, guapo, tu amigo es tonto de caerse y yo no vuelvo a jugar contigo a papá y mamá porque me aburro. ¿Te enteras? Me aburro. Así que ya te estás bajando a tu casa y después de cenar te acuestas y lees a Julio Verne.

HOMBRE- No te entiendo. Estás hoy muy extraña. Pareces otra.

CHICA.- Pregúntale a tu amigo lo que me pasa. A lo mejor él lo sabe.

(El PIANISTA habla desde su sitio.)

PIANISTA.- Eulalia, cariño, te llevo esperando diez minutos.

CHICA.- **(Al oír esta voz, Eulalia se transforma, se levanta y contesta.)** Ya voy, Paquito, ya voy. **(Luego le da al HOMBRE una palmadita maternal.)** Adiós, que seas bueno.

(Va hacia el PIANISTA, cuando el HOMBRE le pregunta...)

HOMBRE- Eh, un momento: ¿quién es Paquito?

CHICA.- ¿Paquito? ¿Quién va a ser? ¡Mi novio!

(La CHICA va junto al PIANISTA, quien toca «Ya sé que tienes novio» y cantan los dos. Sobre la canción, el HOMBRE habla al público.)

HOMBRE- A los nueve meses y pico, Paquito se tuvo que casar con mi prima porque el padre de Eulalia amenazó con no sé qué follón en los tribunales. Ahora tienen un hijo que se llama Pascualín y que no hubo forma de que aprobara el Preuniversitario.

CHICA.- Oye, no es para acomplejarte, pero a mí me da la impresión de que tú en estas cuestiones del sexo siempre has sido un poco lento. (Al PIANISTA.) ¿Tú qué opinas?

HOMBRE- No es él quien tiene que opinar sino tú. Me he casado contigo, me parece. De manera que tú sabrás.

CHICA.- Hombre, yo te daría un cinco con apuros.

HOMBRE- Ah, ¿solamente?

CHICA.- Bueno, si quieres nota, preséntate en septiembre. Se estudiará. (Y dándole de paso otro beso al PIANISTA, se marcha moviendo muchísimo las caderas.)

HOMBRE- (Al PIANISTA.) Todas son iguales. Lo has visto, ¿no?

HOMBRE- ¿Tengo yo la culpa de que el sexo me pillara desprevenido? A mis padres les caí de repente como consecuencia de un bombardeo. Estas cosas marcan, coño. Vamos, que si no llega a ser por un amigo mío que me preguntó de repente...

(El PIANISTA dice ahora las frases como si fuera el amigo al que el HOMBRE se refiere, mientras toca «Cabaretera».)

PIANISTA.- Dime una cosa: ¿tú te has estrenado?

HOMBRE- (Interpretando la época anterior.) Que si me he estrenado... ¿el qué?

PIANISTA.- Hombre, pues lo que hay que estrenar.

HOMBRE- ¿Qué quieres decir?

PIANISTA.- Que como no te estrenes pronto, te van a crecer margaritas.

HOMBRE.- ¿Margaritas? ¿Dónde?

PIANISTA.- ¿Tú quieres que te lleve a un sitio en el que...? ¿Quieres?

HOMBRE- Bueno. (**El PIANISTA sigue tocando «Cabaretera» mientras el HOMBRE cambia de traje detrás de un biombo...**) Mi primer error fue vestirme de blanco. No lo hice para evidenciar a los ojos de la gente mi castidad, ni porque me sintiera más o menos «novia» en trance de mutación de estado. Lo hice simplemente porque mi madre -¿cómo iba la pobre a imaginarse la verdad?- me dijo: «Si vas a merendar a casa de Nuria Palau, lo mejor es que te pongas el traje blanco. Como estás un poquito moreno, te sentará muy bien». Sí, sí, Nuria Palau... tururúú trompeta. (**El HOMBRE sale de detrás del biombo vestido con un traje blanco a la moda del año cincuenta, absolutamente ridículo. Aumenta de volumen la canción ambiental. Cambian las luces, que adquieren un tono rojizo típico de casa de prostitución...**) Cuando entré en la «La Caoba» (una excelente casa de lenocinio que había en Barcelona, porque yo, como todos ustedes saben, he sido virgen en Cataluña), un macarra de mucho postín -al que en el barrio se le conocía como Millán Astray porque tenía un ojo discutible-, me miró de arriba a abajo y se le atragantó el caliqueño. Pilita Manoteras -que acababa de llegar de Zaragoza huyendo de un Comisario de Abastos que se había cansado de darle tanto saquito de arroz y tanto paquete de azúcar- le gritó a la dueña: «¡Salga usted, doña Cloti, que ha llegado San Luis Gonzaga!». Doña Cloti vino hacia mí dándose aires con un abanico que le había tocado en una rifa, adelantó un poquito sus carnes, que se movían difícilmente dentro de un kimono japonés feísimo, puso a barlovento su boquita de pitiminí y me dijo: «Te has equivocado, guapo; el centro parroquial es dos calles más arriba, detrás del Liceo». A mí la coña me sentó como un tiro, así que contesté: «Mire, señora, yo tengo veinte duros que me he ganado vendiendo unos discos de la Piquer en el mercadillo de San Antonio, de manera que déjese de cachondeos y venga la meretriz». Doña Cloti dejó de abanicarse, se secó con una manga el sudor que le bailaba en el bigote, y alzando la voz, ordenó: «Eh, tú, Charles Laughton, vete a la número cinco aquí con el Príncipe de Gales y a ver si por veinte duros se olvida de la madre que lo parió».

(Entra la CHICA, que hace ahora de Charles Laughton. Trae una jofaina y una toalla.)

CHICA.- Ay, qué coño, vaya una tarde. ¡Joder con el sexto año triunfal!

HOMBRE.- (Al público.) Le llamaban Charles Laughton porque cojeaba un poquito. Como Charles Laughton en «Posada Jamaica», ya saben.

CHICA.- ¿Con quién hablas?

HOMBRE.- ¿Yo? Con nadie.

CHICA.- No me gusta la gente que habla sola. Me da aprensión. (Y hace mutis. Se oye mucho follón de grifos, con aguas que se vierten y se trasvasan. El HOMBRE, intrigadísimo, se asoma al lateral. Seguimos escuchando la voz de la CHICA.) No mires, leche, que me distraigo. (El HOMBRE disimula. Vuelve a entrar la CHICA con una jofaina llena de agua.) Pero, bueno, ¿es que tú te has creído que esto es un desfile? ¿Te vas a pasar firmes todo el rato?

HOMBRE.- Me llamo Pepe.

CHICA.- ¿Y qué?

HOMBRE.- ¿Le digo el apellido?

CHICA.- ¿Para qué? Si no me importa el nombre, ¿por qué me va a importar el apellido?

HOMBRE.- No sé... Como vamos a hacer el amor juntos, yo creí...

CHICA.- ¿Qué?

HOMBRE.- Nada... que habría que presentarse.

CHICA.- Pues no. (Pausa. La CHICA se quita la blusa.) Oye, si te crees que me voy a pelar de frío mientras te quedas ahí hecho un «pasmao», vas listo. Yo me meto en la cama y tú dirás. (Y dicho y hecho. La CHICA se mete en la cama vestida y se abriga bien. Lentamente, el HOMBRE empieza a quitarse la corbata y luego la chaqueta. No parece tener prisa. Mientras, no deja de mirar a la CHICA que se incomoda.) ¿Qué pasa, rico? ¿Se ve Lourdes?

HOMBRE.- Es que yo quería decirle a usted una cosa.

CHICA.- Que te llamas Paco.

HOMBRE.- No: Pepe.

CHICA.- Eso: Pepe. ¿Y qué más? Venga, arráncate, porque si no se nos va a pasar la hora y luego protestarás.

HOMBRE.- (**Hablando seguidito.**) Es que yo nunca he hecho el amor con nadie.

CHICA.- ¿Y qué?

HOMBRE.- (**Perdiendo fuerzas.**) Nada. Que yo nunca he hecho el amor con nadie.

CHICA.- ¿Y qué quieres, que me ponga contentísima o que te regale un caramelo?

HOMBRE.- Es que no sé lo que hay que hacer.

CHICA.- Y tu papaíto, ¿qué? ¿No te ha contado nada?

HOMBRE.- Es que mi padre casi no para en casa.

CHICA.- ¡Vaya una noche que llevo! Desde luego es que soy la pupas de este negocio. Primero un señor mayorcísimo que no se animaba ni con una jota y ahora tú que es como si llevara a mi sobrino al cole.

HOMBRE.- Créame que lo siento.

CHICA.- No lo sientas tanto y quítate más cosas porque así es más difícil.

HOMBRE.- Sí señora. (**El HOMBRE se quita la camisa. Cuando está a punto de quitarse los pantalones...**)

CHICA.- Te voy a hacer lo que quieras. Pide por esa boca.

(El HOMBRE se interrumpe y habla a los espectadores.)

HOMBRE- ¡Qué compromiso! ¿Qué iba yo a pedir? Por aquellos años aún no había publicado Cela su «Enciclopedia del erotismo» y en los escenarios españoles sólo se veía a Isabelita Garcés haciendo «Chiruca», de manera que, como ustedes ya han podido comprobar, mi cultura sexual era más bien precaria. Vamos, con decir que regodearse con Mercedes Vecino haciendo de mujer mala en las películas parecía un pecado, está dicho todo.

(Ha terminado de hablar mirando a la Laughton.)

CHICA.- ¿Qué me miras así, coño, qué me miras?

HOMBRE- Si no le importara a usted mucho... la luz.

CHICA.- La luz... la luz... Joder, qué fino. **(La CHICA apaga la luz. Pausa. Luego se oyen voces en la oscuridad.)**

VOZ CHICA.- Vaya, ya has llegado.

VOZ HOMBRE- Sí.

VOZ CHICA.- Pero acércate, coño. ¿Dónde estás?

VOZ HOMBRE- Aquí, en la esquina.

VOZ CHICA.- ¿Qué esquina? No te encuentro.

VOZ HOMBRE- Es que estoy en el borde.

VOZ CHICA.- Oye, tú, ya me estoy cargando. O te decides a acercarte o dejamos el asunto.

VOZ HOMBRE- Ya está.

VOZ CHICA.- Ya está, ¿qué?

VOZ HOMBRE- Que ya estoy más cerca.

VOZ CHICA.- Pues como si nada. ¡Mira que enciendo la luz...!

VOZ HOMBRE- No, eso no: la luz no.

VOZ CHICA.- Es que no pienso pasarme todo el día buscándote. Me fatiga. Además mañana he de levantarme temprano: soy comadrona.

VOZ HOMBRE.- ¿Que es usted comadrona?

VOZ CHICA.- Sí, coño, el pluriempleo. ¿Qué pasa?

VOZ HOMBRE.- Pero, ¿cómo se puede ser comadrona y...?

(La Laughton, cabreada, enciende la luz.)

CHICA.- Tú eres muy finolis, guapo. ¿No estamos todavía en la posguerra que, por cierto, está resultando larguísima? ¿No tenemos la obligación de cubrir nuestros cuadros técnicos como sea? ¿No se improvisan los médicos, los abogados, los ingenieros? ¿Por qué las putas íbamos a ser una excepción? ¡No te jode el capullo...!

(El HOMBRE furioso, se levanta, toma sus ropas y se va de escena diciendo a los espectadores...)

HOMBRE.- Bueno, yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

(Apenas hace mutis, la CHICA empieza a vestirse hablando con el público.)

CHICA.- Todos los hombres -especialmente los de cierta edad- cuentan la misma historia: que si se tuvieron que ir con una prostituta porque su prima no se acababa de decidir a acostarse con ellos, que si fue una experiencia de lo más incómoda porque a la fulana de turno le faltaba delicadeza... ¡Jo, qué rollo! Como si las primas no fueran personas de la familia como las demás o como si las prostitutas tuvieran que ser tan sensibles como Corín Tellado. Nada, excusas, trampas... En el final de los años cuarenta, los chicos se iban de putas mientras a nosotras, las chicas, nos metía mano una monja que se llamaba Úrsula.

(Música religiosa. Cambio de luces. Entra el HOMBRE vestido como la Madre Úrsula.)

HOMBRE.- ¡Señorita!

CHICA.- Sí, madre Úrsula.

HOMBRE.- ¿Es suyo este papel? **(Enseña, efectivamente, un papel en el que hay algo escrito. La CHICA lo reconoce.)**

CHICA.- Sí, madre Úrsula.

HOMBRE.- ¿Y se puede saber por qué escribe cochinadas en clase en vez de aprenderse el Fuero del Trabajo?

CHICA.- No son cochinadas.

HOMBRE.- Sí lo son. No me replique. Todo lo que no sea defender la España una, grande y libre que nos dejaron como herencia nuestros héroes, es una cochinada.

CHICA.- Es que yo...

HOMBRE.- Usted a callarse. **(Vuelve a mirar el papel.)** ¿Ha escrito usted estos versos?

CHICA.- ¿Cuáles?

HOMBRE- Estos. (**La Madre Úrsula lee.**)

«La española, cuando besa
es que besa de verdad
porque a nadie le interesa
besar por frivolidad».

CHICA.- Es una canción.

HOMBRE- Una... ¿qué?

CHICA.- Una canción... está de moda... la canta todo el mundo...

HOMBRE- Yo no.

CHICA.- Bueno, madre Úrsula, es que usted...

HOMBRE- ¿Qué pasa? Tengo un oído finísimo... privilegiado incluso. He cantado en el coro de las Madres Benedictinas de Ávila. Sólo que cantaba cosas pías, no indecencias.

CHICA.- Pero, madre Úrsula, decir que la española cuando besa no lo hace por frivolidad, parece que está bien.

HOMBRE- No, señorita, no está ni medio bien. Porque no es el momento de andar dando besos al personal. Es el instante de la gloria, del Imperio, de la Patria, el pan y la justicia. Ha habido un millón de muertos, señorita.

CHICA.- Sí, pero Gironella no lo ha dicho todavía.

HOMBRE- Pero lo dirá. Un poco de calma. Así que, vamos, como penitencia levántese las faldas que le voy a dar unos azotes.

(**La Madre Úrsula va hacia ella y la CHICA la esquiva.**)

CHICA.- Ah, no, eso sí que no.

(**El HOMBRE se quita la toca que le caracterizaba de la Madre Úrsula y pregunta ya como él mismo, dejando de interpretar el personaje.**)

HOMBRE- ¿Por qué?

CHICA- Porque tengo la impresión de que la madre Úrsula era lesbiana.

HOMBRE- No se puede vivir de impresiones. Es poco científico. Mi madre, por ejemplo, a veces me pegaba en el culo y a mí jamás se me ocurrió pensar que fuese lesbiana.

CHICA- No es lo mismo.

(El HOMBRE, que se estaba quitando el resto del hábito de la Madre Úrsula, se queda un momento meditando y luego responde.)

HOMBRE- No, claro.

CHICA- Además, yo había visto a la madre Úrsula dando azotes a otras compañeras y la verdad es que aquello tenía un aire muy «especial».

HOMBRE- ¿Qué quieres decir con eso de que la madre Úrsula azotaba a tus compañeras de una forma «muy especial»?

CHICA- Pues... ¿qué voy a decir, hombre? ¡Qué falta de imaginación! Bueno, ya. Se acabó, ni una palabra más. Eres un morbosos. Todos sois unos morbosos. En cuanto oís hablar de lesbianismo os crecen las orejas y se os alarga la nariz.

HOMBRE- Es que cada vez abundan más las lesbianas.

CHICA- Y los maricas, mira éste. ¿Y qué?

HOMBRE- Nada. A mí me da igual.

CHICA- Y a mí.

HOMBRE- Lo que pasa es que los maricas me inquietan menos.

CHICA- ¿Por qué?

HOMBRE- Porque como no les gustan las mujeres, no hay competencia.

CHICA- Tú eres un machista.

HOMBRE- Y tú una lesbiana... en cuanto te descuides.

CHICA- Yo no me descuido.

HOMBRE- Eso nunca se sabe.

(La CHICA se dirige al público.)

CHICA- Bueno, yo me bajo en la próxima, ¿y usted?
(Y se va.)

HOMBRE- Le he dicho esto un poco para molestarla y otro poco porque es verdad. No se deben hacer afirmaciones demasiado rotundas. Por ejemplo, sin ir más lejos, aquí estoy yo. Aunque me esté mal el decirlo, siempre he sido muy hombre. Bueno, pues una vez me hicieron proposiciones deshonestas. Un señor, bastante mayor por cierto -las proposiciones deshonestas siempre las hacen las personas mayores porque las que hacen los jóvenes son honestísimas- me dijo que me iba a lanzar. Yo al principio creí que me iba a enseñar a tirarme del trampolín, pero luego resultó que no. Estaba empeñado en que yo tenía pinta de artista y una voz fenomenal. Las dos cosas eran mentira, pero yo me dejé querer. De manera que una noche me llevó a un sitio que había -y que hay- en Barcelona, me pidió un sombrero **(El PIANISTA le da un sombrero.)**, una chaquetilla con lentes (Le da la chaquetilla y se pone ambas cosas.), y el pianista se arrancó con una canción que estaba de moda entonces.

(Suena la canción y el HOMBRE canta...)

«Como una rosa alegre
de Primavera
me vi ya caminito de los altares
dispuesta a sé pa siempre
tu compañero y a darte el ramo
blanco de mis asahares.
Pero en lo más oscuro de mi sentío
de pronto compañero brilló una luz
y vi que no era güeno para marío
quien iba a darme solo pena de cruz.
Poco duró la alegría. Lo nuestro
ya se acabao
somos la noche y el día
cada uno por su lao.
Somos como dos barquitos
que se crusan en la mar
y adiós con er pañolito
nos desimos ar pasá
adiós barquita velera
galeón de mi queré
tu bandera y mi bandera
ya no han de volverse a ve».

(Mientras el HOMBRE cantaba, la escena se ha transformado en una decoración ratonera con estrellitas parpadeantes de algún teatrillo de barrio. Aparece la CHICA cantando y bailando.)

«En los carteles han puesto un nombre
que yo no quiero mirá.
Francisco Alegre y ¡olé!
Francisco Alegre y ¡ola!
en er que dise cuánto te quiero
pero qué pena me da.
Por culpa de otro queré no nos
podemos casá.
Desde la arena me dise niña morena
quién te enamora carita de emperaora
dale tu risa mujé
que soy torero andalú
y llevo ar cuello la cruz de Jesús
que me diste tú.
Francisco Alegre, corasón mío
tiende su capa sobre la arena der redondel
Francisco Alegre tiene un vestío
con un te quiero que entre suspiros yo le bordé.
Torito bravo no me lo mires de esa manera
deja que adorne tus rizos negros con su montera
torito bravo ten compasión
que entre bordaos lleva enserrao
Francisco Alegre y ¡olé! mi corasón».

CHICA.- «Él vino en un barco
de nombre extranjero,
lo encontré en el puerto
al anochecer
cuando el blanco faro
sobre los veleros
su beso de plata dejaba caer.
Era hermoso y rubio como la cerveza,
el pecho tatuado con un corazón,
en su voz amarga había la tristeza
doliente y cansada del acordeón.
Y ante dos copas de aguardiente
sobre el manchado mostrador
él fue contándome entre dientes
la vieja historia de su amor.
Mira mi pecho tatuado
con este nombre de mujer,
es el recuerdo del pasado
que nunca más ha de volver.
Ella me quiso y me ha olvidado,
en cambio yo no la olvidé
y para siempre voy marcado
con este nombre de mujer».

(Y el HOMBRE...)

HOMBRE- «Dime que me quieres,
dímelo por Dios,
aunque no lo sientas,
aunque sea mentira,
pero dímelo».

(La CHICA se une a la canción y cantan juntos...)

LOS DOS.- «Dímelo bajito,
te será más fácil decírmelo así
y el te quiero tuyo
será pa mis venas
lo mismo que lluvias
de mayo y de abril.
Ten misericordia de mi corazón,
dime que me quieres,
dime que me quieres,
dímelo por Dios».

(Dejan de cantar. Han terminado mirándose. Luego
el HOMBRE dice.)

HOMBRE- Te llamabas Maruja.

CHICA.- Sí, me llamaba Maruja.

HOMBRE- Y trabajabas en un cabaret.

CHICA.- No, en un cabaret, no. En un teatro. Pequeñito,
pero teatro.

HOMBRE- Y te encantaba cocinar paellas.

CHICA.- Sí, eso sí. Era mi «jobi». ¿Lo he dicho bien?

HOMBRE- Fenomenal.

CHICA.- Es que como una no tiene estudios... ¿Te gustaba, al menos, cómo cantaba?

HOMBRE.- Mucho.

CHICA.- Me había colocado la voz un señor de esos que enseñan a los cantantes de ópera. No es que yo pretendiera cantar ópera, pero, en fin, me hacía ilusión.

HOMBRE.- Claro, Maruja, claro, ¿para qué ibas tú a cantar «La Traviata»?

CHICA.- Eso digo yo. ¿Y el baile...? ¿Te gustaba cómo bailaba?

HOMBRE.- Un poquito nerviosilla, ¿no?

CHICA.- Puede. Como me había montado el número un profesor de la calle Amor de Dios al que le daban ataques de epilepsia, pues, bueno, a lo mejor se notaba.

HOMBRE.- Sí, seguramente.

(La CHICA canta y baila un trocito de...)

CHICA.- «Cántame un pasodoble español
que al oírlo se borren mis penas,
cántame un pasodoble español
pa que hierva la sangre en mis venas...»
(Se interrumpe para decirle al HOMBRE...)
Nos salió muy mal, ¿verdad?

HOMBRE.- Bastante.

CHICA.- Es que yo no servía para el descorche. Ni para el descorche ni para lo de después.

HOMBRE.- Mujer, no te disminuyas.

CHICA.- Si lo sabré yo... Un desastre. La primera noche que hicimos el amor no hubo forma. Acabamos tomando chocolate con churros en el Pasaje de San Ginés.

HOMBRE.- Bueno, tampoco yo era un Einstein en la materia.

CHICA.- Aparte de que, lo siento, ya te lo advertí: lo mío eran las paellas.

HOMBRE.- No, Maruja, no te engañes. Lo tuyo «tampoco» eran las paellas.

CHICA.- Entonces... ¿por qué no me dejaste?

HOMBRE.- ¡Y yo qué sé! Porque uno se aficiona a las cosas, supongo. Y eso que mi padre estaba furioso. Me dijo que se había enterado de que tenía un lío con una cabaretera.

CHICA.- ¿Cómo «cabaretera»?

HOMBRE.- No te preocupes, ya le expliqué que tú no eras una cabaretera, que eras una artista.

CHICA.- ¿Le dijiste que bailaba «Cántame un pasodoble español»?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- ¿Y qué dijo?

HOMBRE.- Que lo bailabas, pero muy mal.

CHICA.- ¿Y tú qué contestaste?

HOMBRE.- Que sí, que muy mal.

CHICA.- Pero, bueno...

HOMBRE.- Y luego añadió que lo peor de todo, lo que le daba más vergüenza era que, además, fuera tu chulo.

CHICA.- Tú... ¿mi chulo? Tú... ¿mi chulo? (**Intenta marcharse.**)

HOMBRE.- Eh, no te vayas, espera. No hubo forma de convencerle. A mi padre. Era muy suyo y con razón. O sea, que me envió a Murcia a terminar la carrera. Tú, mientras, me escribías unas cartas apasionadísimas, llenas de haches por todas partes.

CHICA.- Eso es verdad. En una te decía que estaba prosperando mucho en lo del cante y que, como a mí me gustaba lo moderno, cualquier noche me iba a arrancar con «Reloj no marques las horas».

HOMBRE.- ¿Y lo hiciste?

CHICA.- No. Me dio apuro.

(El PIANISTA toca como fondo el tema de «Reloj no marques las horas».)

HOMBRE.- Recuerdo que en la última me ponías «Merry Chrhisthmas». Con tres haches.

CHICA.- Es que había conocido en Chicote a uno de la Base y quería que supieras que estaba aprendiendo inglés.

HOMBRE.- No, Maruja, lo que pasa es que tú tienes una fijación con las haches. Te empeñas en escribirlo todo con hache. Te crees que hace más fino.

CHICA.- ¿Y no?

HOMBRE.- Pues no. Aunque, en el fondo, esta manía tuya fue una suerte. Pasaron muchos años. Un día, por la carretera que lleva de Alicante a Valencia, descubrí a la altura de El Saler un chiringuito que anunciaba: «Phaellas» -con hache- «Plato typhical» -también con hache-. Me dio un vuelco el corazón. Aquella falta de ortografía me hacía veinte años más joven. Allí estabas tú.

CHICA.- Un poco metidita en carnes.

HOMBRE.- Pero muy apetecible... como siempre.

CHICA.- Te preparé una paella maravillosa, con todo mi cariño.

HOMBRE.- Al terminar el almuerzo hicimos el amor sobre la arena. Muy bien, por cierto.

CHICA.- ¿Te gustó?

HOMBRE.- Habías aprendido mucho con los años.

CHICA.- Gracias. Tú también.

HOMBRE.- Lástima que la paella siguiera saliéndote tan mal. El mar se quedó quieto y los relojes dieron marcha atrás con voz de Lucho Gatica.

(La CHICA sonríe y empieza a cantar.)

CHICA.- «Reloj no marques las horas
haz esta noche perpetua».

(El HOMBRE canta también con ella.)

LOS DOS.- «Para que nunca te apartes de mí,
para que nunca amanezca».

(Mientras siguen cantando, baja el telón.)

Segunda parte

**El PIANISTA toca el conocido tema de la sintonía de
No-Do y sobre este fondo comenta...**

PIANISTA.- Pero a los relojes, ya se sabe, no les gusta detenerse. De forma que en este país seguían pasando cosas. Unas más importantes que otras, naturalmente. Por ejemplo, en aquella época se estrenaron, entre otras, las siguientes películas: «Embajadores en el infierno», «La herida luminosa», «Suspense en comunismo», «El último cuplé», «Las chicas de la Cruz Roja», «¿¿Dónde vas, Alfonso XII?» y «El niño de las monjas». Marruecos consiguió su independencia, los falangistas empezaron a ser sustituidos en el poder por los tecnócratas, los principios del Movimiento fueron transformados en ley fundamental, Eisenhower, presidente de los Estados Unidos, visitó Madrid, y cuando Navarro Rubio y Ullastres meditaban sobre los próximos planes de desarrollo, estallaban repentinamente los primeros conflictos universitarios.

(Aparece la CHICA, que ahora se interpreta a sí misma.)

CHICA.- Y mientras mi marido en su juventud tenía una historia lamentable con Maruja, la cabaretera, yo iba en trolebús a la Universidad. **(Cambio de luces. Sonido de trolebús. La CHICA mima que va sentada en uno de ellos. Continúa hablando.)** El 23. Y un libro. **(Saca un libro y finge que lee.)** Siempre el 23 y siempre un libro. En parte porque me gustaba leer y en parte también para disimular. Me daba vergüenza. Todo me daba vergüenza y cuando el catedrático me preguntaba «A ver, señorita, a ver qué sabe usted del Despotismo Ilustrado», me entraba como un ataque y no sabía si el lema era «todo para el pueblo, pero sin el pueblo» o «nada para el pueblo, pero con el pueblo». Luego me enteré de que venía a ser lo mismo.

(Un chico joven -el HOMBRE de siempre porque lamentablemente no disponemos de otro actor- sube al tranvía.)

HOMBRE.- ¿Está libre este asiento?

CHICA.- Pues... no sé...

HOMBRE.- ¿Cómo no sabes?

CHICA.- Es que...

HOMBRE.- ¿Está libre o no?

CHICA.- Sí... sí lo está.

HOMBRE.- Gracias.

(Se sienta a su lado. La CHICA explica al público.)

CHICA.- No es que fuera tímida, es que era tonta del culo, lo cual no es exactamente lo mismo.

HOMBRE.- ¿Qué lees?

CHICA.- Nada.

HOMBRE.- ¿Nada?

CHICA.- Es una novela que se llama así... «Nada».

HOMBRE.- **(Riéndose de una forma absolutamente idiota.)** Vaya un título.

CHICA.- La ha escrito una mujer. Hace tiempo.

HOMBRE.- ¿Una mujer? ¡Qué curioso!

CHICA.- Carmen Laforet. Primer premio Nadal.

HOMBRE.- Carmen... ¿qué?

CHICA.- Laforet. La-fo-ret.

HOMBRE.- No conozco. **(Y se tira de risa sin el menor motivo.)**

CHICA.- **(Al público.)** Yo podía ser tonta del culo, pero él, desde luego, era retrasado mental. De manera que nos hicimos novios.

HOMBRE.- ¿Qué estudias?

CHICA.- Filosofía y Letras.

HOMBRE- Eso no sirve para nada.

CHICA.- Lo mismo dice mi padre. Él quería que estudiase corte y confección, inglés, francés y piano.

HOMBRE- Lógico.

CHICA.- Pero yo que no, que tenía que ser Filosofía y Letras. Mi padre me encerró en casa y a mí de resultas me entraron unos mareos espantosos y me pasaba el día vomitando; por culpa de los nervios, no vayas a pensar otra cosa.

HOMBRE- Ya, ya.

CHICA.- Es que él sí lo pensó y, antes de que me quedara embarazada en serio y además siguiera poniendo perdida la moqueta, me dejó que me matriculara en la Facultad.

HOMBRE- Pues has hecho fatal porque lo del corte y confección, inglés, francés y piano estaba un rato bien.

CHICA.- Puede ser, pero a mí es que me apetecía enterarme de lo del Despotismo Ilustrado.

HOMBRE- Lo del... ¿qué?

CHICA.- Olvídalo.

HOMBRE- Pues yo estudio Económicas. Ahí sí que hay un porvenir.

CHICA.- ¿Tú crees?

HOMBRE- Lo que yo te diga. Ya verás cuando en este país empiecen los planes de desarrollo.

CHICA.- Oye, por casualidad, ¿tú te llamas López Rodó?

HOMBRE- No, que yo sepa. **(Le da otro ataque de risa que por poco se cae del asiento. Después se queda bruscamente serio.)** Perdona, pero es que yo a mí me hago mucha gracia.

CHICA.- Ya veo.

HOMBRE- Te contaba que o acabo de ministro o de Presidente del Banco de España. **(De repente mira por la «ventanilla». Comprueba a qué altura del trayecto están.)** Discúlpame, pero...

CHICA- Tú te bajas en la próxima, ¿no?

HOMBRE- Sí, ¿cómo lo sabes? **(Efectivamente. El trolebús para y el HOMBRE se apea.)** Adiós.

CHICA.- Hasta la vista. **(El tranvía vuelve a ponerse en marcha. La CHICA sigue explicando a los espectadores.)** No acabó de ministro ni en el Banco de España. Terminó en la cárcel. Pero, claro, ésta es otra historia. **(Cesa el sonido del trolebús. La CHICA continúa hablando.)** Íbamos a meternos mano en unos mesones a propósito que había allá por la Cava Baja. Como además, él, mi novio, ese imbécil que acaban ustedes de ver, tenía un padre con coche de importación, pues alguna vez se lo pedía prestado y me llevaba a la carretera de Burgos a hacer manitas. Bueno, ustedes me entienden. Lo de «hacer manitas» es una manera de hablar porque allí, excepto manitas, hacíamos de todo. Menos «lo irreparable», como decían en los seriales de Sautier Casaseca. Eso no. Primero porque aquello estaba lleno de ortigas y resultaba de lo más incómodo, y segundo, porque mi madre me había dicho que me fuera con mucho ojo porque como volviera a tener mareos y esta vez no tuviera la culpa la neurosis, me iba a meter en Coros y Danzas hasta que cambiara el Régimen. Así que cualquiera. **(Empieza a oírse bajito «Only you». La CHICA deja la narración para escuchar con cierta nostalgia irónica. Luego continúa hablando.)** ¡Ah, sí! Los Platters... Nat King Cole... Pepino di Capri... Manolo y Ramón, el Dúo Dinámico... Esa curiosa mezcla del primer gin-fizz, la braguita negra, Lola Flores, Ben-Hur, Juana la Loca y la canción del Cola-Cao. **(Sube la música. Después baja para que la CHICA pueda seguir.)** Un día, en el segundo curso de la Facultad, al salir de clase, vi a unos policías pegando a un chico. Y sin saber por qué empecé a gritar insultándoles. Me vi rodeada de un grupo de estudiantes. Entrábamos furiosos... exaltados... De repente, la policía cargó contra nosotros. Corría como creo que no he vuelto a correr en mi vida. Al subir por una travesía de San Bernardo, tropecé y estuve a punto de caerme. Alguien -un estudiante- me tomó del brazo y me metió en un portal. Un viejecito vendía libros de segunda mano. Cuando la policía pasó sin vernos, el muchacho me dio un beso pequeño y me regaló un libro: «El segundo sexo» de Simone de Beauvoir. Aquel libro y aquel beso cambiaron mi vida. Envié a mi novio y a los Platters a hacer puñetas.

(Entra el HOMBRE.)

HOMBRE- (Al público.) No le hagan caso. Le gusta presumir de intelectual, de comprometida, de tía cojonuda. Nada. Palabras. Unas cuantas frases mal digeridas dichas sin convicción.

CHICA- Yo estuve en el primer Sindicato Libre de Estudiantes que hubo en la Universidad.

HOMBRE- Sí, claro, y yo en la Batalla del Ebro.

CHICA- Tú no has estado en ningún sitio porque eres un medica.

HOMBRE- Sin insultar, eh, sin insultar.

CHICA- Además firmé varios documentos pidiendo la libertad de los presos políticos y una vez di mil pesetas para Comisiones.

HOMBRE- Falsas. Diste mil pesetas en un billete falso que fabricaba ese novio que tenías y que por eso acabó en la cárcel.

CHICA- Eres un...

HOMBRE- No hables mal. Es una costumbre feísima.

CHICA- En el año 74 asistí a una reunión secreta de la Junta Democrática.

HOMBRE- Mentira. En el año 74 ya estabas separada de mí y adonde asistías era a los pases de modelos de Pertegaz.

CHICA- Eres un pedazo de...

HOMBRE- Te he dicho que no seas mal hablada. No me gusta.

CHICA- Yo nunca hablo mal, lo que pasa...

HOMBRE- Siempre, siempre hablas mal. En cuanto se te da la más mínima oportunidad. Te crees que hace más moderno.

CHICA- Es mejor presumir de moderna que ser tan antiguo como tú.

HOMBRE- Ah, ¿sí?

CHICA.- Sí. ¿O es que no te acuerdas de cómo nos conocimos?

HOMBRE.- Claro que me acuerdo. Las catástrofes no se olvidan fácilmente.

CHICA.- Un amigo te había dado una llave.

HOMBRE.- La de su estudio.

CHICA.- Para que te acostaras conmigo.

HOMBRE.- No, para que me acostara contigo, no. Entre otras razones porque no te conocía.

CHICA.- Entonces...

HOMBRE.- Mi amigo -que era lo que ahora se llama un pragmático- tenía la teoría de que para ligar a una chica lo único que se necesita es tiempo.

CHICA.- Falso.

HOMBRE.- Será falso, pero a él le daba unos resultados fastuosos. Explicaba científicamente que no había más que acercarse a la primera chica que se encontrara uno en el metro y decirle con voz insinuante: «Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?». Normalmente no contestan, pero la que contesta... ¡al estudio!

CHICA.- Conmigo no funcionó.

HOMBRE.- Sí, contigo también funcionó. De otra manera, pero funcionó. **(Sonido de metro que se pone en marcha y efecto luz de las ventanillas. El HOMBRE reanuda la conversación del principio del espectáculo.)** Le he dicho que me bajo en la próxima.

CHICA.- Sí, y a lo he oído.

HOMBRE.- ¿Usted no se baja en la próxima?

CHICA.- No, yo no me bajo en la próxima.

HOMBRE.- Es una lástima.

CHICA.- ¿Por qué?

HOMBRE.- Porque en una de estas se puede usted pasar la vida en el metro. Y sería una pena.

CHICA.- Ah, ¿sí?

HOMBRE.- Sí, porque arriba, en la superficie, hay árboles, edificios, un poquito de lluvia y... el amor. **(El HOMBRE, ya embalado, continúa...)** ¿Dónde vas ahora? Te puedo tutear, supongo.

CHICA.- A la Universidad.

HOMBRE.- Ah, estudiante.

CHICA.- ¿Estará prohibido?

HOMBRE.- No, que yo sepa no. **(Otra pausa.)** Lo decía porque...

CHICA.- Porque, ¿qué?

HOMBRE.- No... nada... que un amigo mío tiene un estudio... y, claro, como me ha dado la llave y... en fin... si te sobra un ratito..., pues... a mí se me había ocurrido... la verdad...

CHICA.- ¿Pilla muy lejos?

HOMBRE.- No, no... cerquita... casi aquí al lado.

CHICA.- Entonces, vamos. Después de todo, el Despotismo Ilustrado es una lata.

(Desaparece el sonido del metro y cambia la luz. Rápidamente, antes de que la CHICA se arrepienta, el HOMBRE coloca algunas cosas en el suelo: una colchoneta tapizada a rayas, un tocadiscos, unas copas, una botella de ginebra y un cenicero. Cuando ha terminado dice muy satisfecho de su labor...)

HOMBRE.- Bueno, pues es aquí.

CHICA.- Ya veo.

HOMBRE.- ¿Te gusta?

CHICA.- Ni me gusta ni me deja de gustar. Es como todos.

HOMBRE.- ¿Cómo todos? ¿Conoces muchos?

CHICA.- Bastantes.

HOMBRE.- No sabía.

CHICA.- No, no te lo había dicho.

HOMBRE.- ¿Quieres tomar algo?

CHICA.- Si queda...

HOMBRE.- Voy a ver. ¿Te quitas el «piuma d'oro»?

CHICA.- Bueno.

(El HOMBRE intenta exprimir la botella mientras se sienta sobre uno de los almohadones.)

HOMBRE.- Lo que no creo que haya es hielo.

CHICA.- No importa. Yo todo lo tomo puro. ¿Tú no?

HOMBRE.- Sí, sí, claro. Es mucho mejor.

(La CHICA enciende un pitillo y observa el estudio.)

CHICA.- ¿Y aquí es donde tu amigo y tú os tiráis al personal?

(Al HOMBRE está a punto de caérsele la botella de las manos.)

HOMBRE.- ¿Qué dices?

CHICA.- Supongo que no irás a hacerte el estrecho conmigo. ¿O es que tú tienes represiones sexuales?

HOMBRE.- No, ¡qué tontería!

CHICA.- A mí la gente reprimida sexualmente no me gusta.

HOMBRE- Ni a mí, ¡figúrate! Tu ginebra.

CHICA- Gracias. ¿Tú no tomas nada?

HOMBRE- Sí, sí.

CHICA- Anda, dale al trago que el alcohol siempre estimula.

HOMBRE- Te advierto que yo no necesito estimulantes.

CHICA- Eso habría que verlo, porque así, «a priori...»

HOMBRE- Oye, oye, ten cuidado con lo que dices.

CHICA- No sé por qué me parece que tú eres muy ibérico.

HOMBRE- ¿Qué quieres decir?

CHICA- Nada... que en seguida te lo tomas todo por la tremenda. Estaba bromeando.

HOMBRE- Ah, bueno... ¡chin!

CHICA- Salud.

(Y beben un poco. Luego el HOMBRE sigue...)

HOMBRE- ¿Nos sentamos en la colchoneta?

CHICA- ¿Por qué?

HOMBRE- Se está mejor.

CHICA- No creo. Parece muy incómoda.

HOMBRE- Mujer, si vas a fijarte en eso.

CHICA- ¿Y en qué me voy a fijar?

HOMBRE- Quiero decir que cuando dos personas se gustan...

CHICA- ¿Y quién te ha dicho que tú me gustas?

HOMBRE- Nadie.

CHICA.- Entonces...

HOMBRE.- Pero como has venido aquí...

CHICA.- ¡Qué manía! Todos los hombres creéis lo mismo. ¡Qué pesadez! He venido porque me apetecía y porque, además, lo del Despotismo Ilustrado ya me lo sé. Pero nada más. ¿Te enteras?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- Pues no se hable más del asunto. (**Pausa. Los dos fuman. Después la CHICA continúa como si no hubiera habido interrupción alguna...**) Ahora, quisité que vayamos a la colchoneta, pues vamos a la colchoneta. ¿A ti te hace ilusión?

HOMBRE.- Un poco.

CHICA.- Pues por eso que no quede: ¡a la colchoneta! (**Sientan en la colchoneta. Siguen fumando.**) Y ahora, ¿qué?

HOMBRE.- (**Que está hecho un lío.**) ¡Y yo qué sé...! ¡Yo no sé nada! Yo creí...

CHICA.- Tú creíste, tú creíste... ¿qué es lo que tú creíste?

HOMBRE.- ¿Qué voy a creer? ¡Que una vez en la colchoneta todo sería más fácil!

CHICA.- Y lo sería. Si el otro quisiera, por supuesto.

HOMBRE.- Por supuesto.

CHICA.- Pero no quiere.

HOMBRE.- Ya, ya, eso está claro.

CHICA.- No debe de estarlo tanto cuando pones esa cara. Vamos a ver: ¿tú estás seguro de haber recibido una educación sexual lógica?

HOMBRE.- ¿A qué te refieres?

CHICA.- Es que tengo la impresión de que aún crees que la mujer es un objeto.

HOMBRE- (Protestando débilmente.) No... no...
¿cómo voy a creer yo eso?

CHICA- ¿Tú cuánto supones que vale una mujer?

HOMBRE- ¡Uf! Muchísimo. No se puede ni calcular.

CHICA- Sí se puede. Una novia valía entre los hotentotes lo que un buey y una vaca; entre los croos, tres vacas y un cordero; entre los cafres, de seis a treinta cabezas de ganado, y entre los tagos dieciséis dólares en metálico y otros seis en especies.

HOMBRE- Es posible, pero eran otros tiempos.

CHICA- Claro que eran otros tiempos, pero es que hasta hace poco todavía eran otros tiempos. Porque... ¿qué me dices de la dote?

HOMBRE- Pues... ¿Qué quieres que te diga de la dote?

CHICA- Nada. Que era lo mismo. Afortunadamente la mujer se ha emancipado.

HOMBRE- Sí, eso es evidente.

CHICA- ¿Y sabes por qué se ha emancipado?

HOMBRE- No.

CHICA- Porque el sexo ha dejado de ser un tabú. ¿A ti te molesta que hable del sexo?

HOMBRE- No, no, en absoluto.

CHICA- Es que hay hombres... no sé... muy delicados. Al sexo hay que mirarlo cara a cara, con valentía, sin miedo... Hay que aceptar el sexo filosóficamente.

HOMBRE- Justo. Eso es lo que yo...

CHICA- Porque vamos a ver... La virginidad... ¿para qué crees tú que sirve la virginidad?

HOMBRE- No sé.

CHICA.- Para nada, absolutamente para nada. La valoración de la virginidad se produjo cuando, bajo el matrimonio por compra, la novia virgen obtuvo de repente un precio más alto que las otras. Esa virgen era, por su pasado, una promesa de fidelidad conyugal que el hombre -siempre orgulloso- necesitaba para estar seguro de que sus bienes no acabarían yendo a parar a unos hijos que podían ser de otro señor. ¿Lo entiendes?

HOMBRE.- Perfectamente.

CHICA.- Es decir: un mito, un camelo, una filfa. ¿O no?

HOMBRE.- Sí.

CHICA.- ¿Sabes lo que se hacía antiguamente? Había tribus en las que las jóvenes se ofrecían a un forastero para que acabara con su virginidad porque precisamente lo que se apreciaba era que una mujer estuviese embarazada antes de su matrimonio, ya que así se tenía la seguridad de que no era estéril. En el Tíbet, las madres buscaban ansiosamente hombres que desflorasen a sus hijas; en Malabar, la novia era obligada a entregarse a los invitados a la boda antes de retirarse con su marido. Y etcétera, etcétera, etcétera. Así que ya me dirás cómo se puede creer en un concepto tan relativo.

HOMBRE.- No, claro, visto desde este ángulo... Tienes razón. Lo único que, si ya has perdido tu virginidad y ya te has librado de esos prejuicios... ¿qué más te da que ahora tú y yo...?

CHICA.- Sí que me da. En primer lugar, no me apetece, y en segundo, estás equivocado; yo no he perdido mi virginidad.

HOMBRE.- ¿Ah, no? ¿Y a qué esperas?

CHICA.- ¿A qué voy a esperar? Lo normal: a que me case.

HOMBRE.- Pero, ¿no habíamos quedado?

CHICA.- No habíamos quedado en nada. Yo me quiero casar. Y por la Iglesia. Esto es España, ¿sabes? Un respeto.

(El HOMBRE y la CHICA dejan de «representar» entre ellos y vuelven a contar a los espectadores.)

HOMBRE.- Me cazó. Con aquel argumento maravilloso, me cazó. En el fondo, yo, como todos los españoles, quería encontrar una virgen para llevármela al altar. De lo del italiano, por supuesto, me enteré más tarde. No es que me molestara porque, claro, yo he sido siempre un hombre con vocación europeísta -incluso mucho antes de que en este país hubiera europeos-, pero, en fin, me parece que una pequeña advertencia a su tiempo habría estado bastante bien. Por educación, sobre todo. Si las mujeres se empeñan en llevar desde jovencitas una vida sexual sana, pues nada, que la lleven. Pero avisando, coño, porque aquí mi esposa le daba al confusionismo que era un asombro. Primero se hacía la estrecha en la Facultad, luego presumía de liberada en la colchoneta y, al final, lo que le apetecía era el «lunch», el velito y la lista de regalos vía Mendelsson. Y además, para mayor inri, después de haber sido *seduta* y *abandonata* en la provincia de Santander.

CHICA.- (Entrando.) De *seduta* y *abandonata*, niente. A Franco me lo tiré yo en la digestión de unos espaguetis a «le vongole» o sea que...

(Al HOMBRE le apetece matar a la CHICA, pero se contiene a tiempo para decir...)

HOMBRE.- Bueno, yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

CHICA.- Un momento, no tengas prisa. No te bajaste tú solo. Nos bajamos los dos a los siete años más o menos de matrimonio y a los seis meses de que yo me hartara de que te pasaras el día mirándole las piernas a la asistenta. Nuestra separación fue -como se llamaba entonces y como sigue llamándose ahora- de mutuo acuerdo.

HOMBRE.- Relativo. Nada más que relativo. No me diste muchas opciones para otra cosa.

CHICA.- Lo llevaba pensando desde hacía tiempo. Compréndelo. Así que, cuando llegaste aquella noche, encendí la lámpara -siempre hay una lámpara para aumentar el dramatismo de las escenas- y te dije...

PIANISTA.- «Separación matrimonial» secuencia once, plano quinto, toma cuarta.

(La CHICA baja una barra con proyectores al mismo tiempo que el PIANISTA toca el tema de «Un hombre y una mujer».)

CHICA.- He pensado que voy a separarme de ti.

HOMBRE.- ¿Lo has pensado o lo has decidido?

CHICA.- Las dos cosas. Una detrás de otra, claro.

HOMBRE.- Y, ¿por qué?

CHICA.- ¿Por qué una detrás de otra?

HOMBRE.- No. ¿Por qué quieres separarte de mí?

CHICA.- Me aburro.

HOMBRE.- Te llevé al cine la semana pasada. Tocaban esta melodía. ¿La recuerdas?

CHICA.- Sí, es muy bonita, pero la película me aburrió. Casi tanto como tú.

HOMBRE.- Lo siento. Nunca tuve gracia para contar chistes.

CHICA.- No se trata de eso. Si hubiera querido que me contaran chistes me habría casado con el Zorro.

HOMBRE.- Ya. O sea...

CHICA.- O sea que me aburres por otras razones.

HOMBRE.- Por ejemplo...

CHICA.- No tengo nada que hablar contigo. ¿Te parece poco?

HOMBRE- Tampoco tenías nada que hablar con tus padres y aguantaste veintidós años.

CHICA.- No irás a comparar. Lo de mis padres fue una casualidad, algo que me dieron hecho. Lo tuyo, en cambio, fue una elección. No es lo mismo.

HOMBRE.- Nadie ha dicho que el matrimonio sea divertido.

CHICA.- Pues ya es hora de que lo diga alguien. Si resulta que casarse es como ir al cine a ver el No-Do, más vale quedarse en casa.

HOMBRE.- Soltera.

CHICA.- Sí, soltera. No veo por qué el matrimonio ha de ser la única salida para una mujer.

HOMBRE.- Antes no decías eso.

CHICA.- Naturalmente. Porque antes no estaba casada todavía. **(Como el Pianista sigue tocando, la CHICA le dice...)** Deja de tocar, ¿quieres? Como música de ambiente no funciona.

(Y, efectivamente, deja de tocar.)

HOMBRE.- ¿Y qué vas a hacer?

CHICA.- Vivir. ¿¿Te parece poco?

HOMBRE.- ¿Con otro hombre?

CHICA.- ¡Qué tontería! Sois tan vanidosos que creéis que a un hombre sólo lo puede sustituir otro hombre. Y no es verdad.

HOMBRE.- Entonces... una mujer.

CHICA.- Tampoco. Ni un hombre, ni una mujer, ni un perro, ni un gato, ni un pez, ni un procurador en Cortes de la democracia orgánica. Me voy a vivir sola... por si te apetece saberlo.

HOMBRE.- Pues te vas a aburrir más.

CHICA.- No lo creas. Soy la persona más interesante que conozco.

HOMBRE.- ¿Incluido Matías Prats?

CHICA.- Incluido.

HOMBRE.- Entiendo. Es decir, que lo que pretendes es liberarte.

CHICA.- Esa es una palabra excesiva. Digamos que, simplemente, pretendo no aburrirme. Ya te lo he dicho.

HOMBRE.- ¿Y no te parece un poquito frívolo?

CHICA.- No, no me lo parece.

HOMBRE.- ¿No has pensado en lo que va a ser de mí?

CHICA.- No te pasará nada. No te preocupes.

HOMBRE.- ¿Y nuestro hijo? ¿No te importa nuestro hijo?

CHICA.- Por favor, Pepe, nosotros no tenemos hijos.

HOMBRE.- Pero podríamos tenerlos. El año pasado tuviste dos faltas seguidas. Estuvimos a punto.

CHICA.- Ya nunca más correremos ese riesgo. Se acabó.

HOMBRE.- Tengo la impresión de que no eres una buena madre.

CHICA.- Ni tú un buen padre. No te gustan los niños, confíésalo.

HOMBRE.- La noche que cenamos en casa de los Angulo le di un beso a su hijo Luisito cuando se iba a dormir.

CHICA.- Por eso. Porque tenías la seguridad de que se iba a dormir. ¿O no?

HOMBRE.- Sí. **(Hay una pausa.)** ¿Me dirás dónde vives?

CHICA.- Claro.

HOMBRE.- ¿Y podré verte alguna vez?

CHICA.- Desde luego. (Otra pequeña pausa.)

HOMBRE.- Apaga esa lámpara, por favor. Me da en los ojos.

(Sonríen. Ella sube la barra de proyectores.
Comentan la escena que acaban de representar.
Vuelven a ser ellos mismos.)

CHICA.- ¿Te dolió?

HOMBRE.- Bastante.

CHICA.- Tampoco fue fácil para mí, no creas. Al principio te eché de menos. Estaba acostumbrada a ti, claro, pero después, un día, descubrí ese pequeño placer de ir a un cine sola... De tomar un café sin nadie... como cuando era joven.

HOMBRE.- Lo seguías siendo.

CHICA.- No mucho. Gracias.

HOMBRE.- ¿Y cuánto tiempo te duró ese «pequeño placer» de la soledad?

CHICA.- Poco. No puedes imaginar lo irritante que resulta ir a buscar trabajo y ver que, a ese señor que ha puesto un anuncio ofreciendo un empleo, en el fondo lo que le apetece es llevarte a cenar a un discreto restaurante de las afueras.

HOMBRE.- ¿Y qué hiciste?

CHICA.- Pues matricularme en la Berlitz por si acaso. Había decidido que para independizarme de los hombres tenía que saber inglés. No era verdad, por supuesto, pero como estímulo funcionaba. El «American Way Life» se estaba imponiendo en España y me sentí en la obligación de tomar ese tren.

(El PIANISTA hace ahora de profesor de inglés.)

PIANISTA.- *This is a man.*

CHICA.- *This is a man.*

PIANISTA.- *This is a woman.*

CHICA.- *This is a woman.*

PIANISTA.- *This is a boy.*

CHICA.- *This is a boy.*

PIANISTA.- *This is a girl.*

CHICA.- *This is a girl.*

PIANISTA.- *This is a boy and a girl.*

CHICA.- *¡This is a boy and a girl!*

(Mientras tanto, el HOMBRE se disfraza de un señor muy mayor y se coloca en la imaginaria clase como otro alumno.)

PIANISTA.- *What is this?*

CHICA y HOMBRE.- *This is a man.*

PIANISTA.- *What is this?*

CHICA y HOMBRE.- *This is a woman.*

PIANISTA.- *What is this?*

CHICA y HOMBRE.- *This is a boy.*

PIANISTA.- *What is this?*

CHICA y HOMBRE.- *This is a girl.*

PIANISTA.- *What is this?*

CHICA y HOMBRE.- *¡This is a boy and a girl!*

PIANISTA.- **(Cabreado.)** No, no: *It is a boy and a girl.*
(Consulta su reloj.) *O.K. Bye, bye.*

HOMBRE.- *Tiene muy mal carácter.*

CHICA.- Malísimo.

HOMBRE.- Yo le aguanto porque no me queda más remedio, que si no...

CHICA.- Pero, hombre, ¿usted por qué quiere aprender inglés a su...? **(Se interrumpe.)**

HOMBRE.- ¿A mi edad? No se preocupe, dígalo.

CHICA.- Pues sí, más o menos.

HOMBRE.- ¿Me encuentra usted muy mayor?

CHICA.- Bueno... Depende... según para qué, claro. Para aprender inglés un poquito.

HOMBRE.- Soy consejero ejecutivo de una inmobiliaria. Estamos dispuestos a venderles a los extranjeros todos los metros cuadrados de sol que quepan en este país. Como además soy de Lugo, tengo la impresión de que va a ser mucho más fácil que estudie inglés antes de que los americanos falen galego. ¿No le parece?

CHICA.- Sí, claro, visto así...

HOMBRE.- ¿Quiere un café? La invito.

(El HOMBRE empieza a preparar la escena siguiente mientras la CHICA habla a los espectadores.)

CHICA.- No estaba tan mal. Ni era tan mayor como mi padre, por ejemplo, cosa que siempre cohíbe un poco. Sin darme cuenta, empecé a aceptar con agrado sus invitaciones y un día, sin saber exactamente por qué, me encontré en un barco camino de Menorca. Lo malo para él, claro, fue que a mí el viaje me puso de un humor de perros. **(El PIANISTA imita el sonido característico de la sirena de un barco. La CHICA agarra un sillón y se sienta en él. Incluso se pone una manta sobre las rodillas. Al poco aparece el HOMBRE interpretando al señor mayor. Abre una puerta.)** ¿Qué haces? Pero, ¿qué haces? Cierra ahora mismo.

HOMBRE.- ¿Por qué?

CHICA.- Entra mucha luz. Puedo marearme. Además, me desvelo. Yo con la luz me desvelo. A ver si te enteras.

HOMBRE.- Mujer, creí que ibas a salir a cubierta.

CHICA.- ¿A cubierta? ¿Y qué se me ha perdido a mí en cubierta?

HOMBRE.- Hace sol...

CHICA.- Pero, ¿no me habías dicho que le ibas a vender el sol a los americanos?

HOMBRE.- Todavía no. Aún queda.

CHICA.- Bueno, pues es igual. Además, vaya una noticia. ¿O es que tú te crees que yo no he visto nunca el sol?

HOMBRE.- Supongo que sí, pero aquí, en el barco, camino de Menorca... Hay una piscina.

CHICA.- No pretenderás que me bañe. Está el agua muy fría. Es invierno. ¿Ves cómo no te enteras de nada? **(El HOMBRE, procurando hacer el menor ruido posible, agarra una silla, se pone las gafas, toma un libro y se dispone a leer.)** Ah, y encima vas a leer. Me encuentro fatal, con la tensión por los suelos y lo único que se te ocurre es ponerte a leer. Estoy enfermísima, a ver si te enteras. **(El HOMBRE se levanta y va hacia la puerta.)** ¿Te vas? O sea, que por ti ya puedo morirme que tú te quedas tan tranquilo. No, si todos los hombres sois iguales.

HOMBRE.- Pero, ¿no querías descansar?

CHICA.- Quería... quería... claro que quería. Pero no me dejas. Tú lo que quieres es acabar conmigo. A ver si te enteras.

HOMBRE.- Perdona.

(El HOMBRE al decir «perdona» alarga la mano y el PIANISTA le da un ramo de flores.)

CHICA.- ¿Qué es eso?

HOMBRE- ¿El qué?

CHICA- Eso que tienes en la mano.

HOMBRE- Unas flores.

CHICA- ¿Para quién?

HOMBRE- ¿Cómo para quién? Para ti. No van a ser para el capitán. No es mi tipo.

CHICA- Muy gracioso. ¿Y qué esperas para meterlas en agua? Se van a estropear.

HOMBRE- Es que yo creí...

CHICA- Oye, no pretenderás que lo haga yo, supongo. No puedo levantarme. Me mareo. Me dan náuseas. Este barco se mueve una barbaridad. Nunca llegaré a Menorca. Nunca veré la casa de Nelson. Y por si fuera poco, puedo morirme en cualquier momento. Ah, claro, por eso has comprado las flores.

HOMBRE- ¿Ves cómo no me entero de nada?

CHICA- Exacto. Y no me hagas burla porque en una de estas te vas a enterar del todo

(Pausa. El PIANISTA canta una canción de Abbe Lane.)

HOMBRE- Eres muy guapa.

CHICA- ¿Cómo dices?

HOMBRE- Que estás muy guapa.

CHICA- ¿Y qué?

HOMBRE- Que me gustaría hacer el amor contigo.

CHICA- No puedes hacer el amor con todas las mujeres que te parecen guapas: es superior a tus fuerzas. A ver si te enteras.

HOMBRE- Pero a ti... te quiero. (El PIANISTA sigue cantando.) He dicho que te quiero.

CHICA.- Ya lo he oído. No soy sorda.

HOMBRE.- ¿Y tú?

CHICA.- ¿Qué?

HOMBRE.- ¿Me quieres?

CHICA.- No, no te quiero. Ni te querré nunca. Eres muy mayor. Y muy feo. Y nunca sabrás inglés. Y además, para colmo, te pareces a Xavier Cugat.

HOMBRE.- No es cierto. Eso no es cierto.

CHICA.- Como lo oyes.

(El HOMBRE, despacio, se marcha. La CHICA se sienta en el sillón y cierra los ojos dispuesta a descansar un ratito. De pronto, se oye un violento capuzón. Inmediatamente el PIANISTA grita con mucho nerviosismo...)

PIANISTA.- ¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua! Socorro.

(La CHICA se levanta para dirigirse a los espectadores.)

CHICA.- Bueno, las cosas no sucedieron exactamente así. No es verdad que ese señor intentara suicidarse por mí.

(Aparece el HOMBRE para, como de costumbre, interrumpir.)

HOMBRE.- Si tú le llamas «intentar suicidarse» a estar enterrado en Mahón...

CHICA.- No es cierto. Lo que ocurrió fue que al salir del camarote, como iba algo afectadillo, vino un golpe de aire, le pilló desprevenido y se cayó al agua.

HOMBRE.- Y se ahogó.

CHICA.- No se ahogó. Se mojó, eso sí, porque era inevitable. Siempre que alguien se cae al agua, se moja.

HOMBRE.- ¿Por qué le trataste tan mal?

CHICA.- Había cometido un error tremendo. La misma mañana que llegamos al barco se quiso acostar conmigo.

HOMBRE.- ¿Y qué? Eso no es malo.

CHICA.- Ni malo ni bueno. Sólo que yo no quise y él no lo entendió.

HOMBRE.- ¿Por qué?

CHICA.- Dijo una frase imperdonable: que como yo era una mujer separada pensaba que todo sería más fácil.

HOMBRE.- Ya.

CHICA.- A que te suena. ¿No has dicho alguna vez algo parecido?

HOMBRE.- No, no... A mí las mujeres separadas, no... Las prefiero solteras.

CHICA.- Y jóvenes.

HOMBRE.- Sí, y jóvenes. Si es posible, naturalmente.

CHICA.- Claro, claro. A todos los hombres mayores les encanta «salir» con las chicas jóvenes.

HOMBRE.- Yo no soy mayor... Todavía.

CHICA.- No, por supuesto. No lo eres.

HOMBRE.- Gracias.

Chica: Te he devuelto el cumplido; no me lo agradezcas.

HOMBRE- En mi época estaban de moda los efebos. Los efebos femeninos y los otros, claro. Los españoles íbamos a Biarritz a ver a una tal Brigitte Bardot que estaba poniendo de moda un tipo de mujer diferente. Ese de la colegiala. La jovencita... La niña morbosa... No sé si me explico.

CHICA.- Divinamente.

HOMBRE- Lolita dejaba interrogantes de su sexo en las húmedas paredes del bidet de Nabokov.

(**El PIANISTA toca y la CHICA canta burlonamente.**)

CHICA.- «Lolita,
tú tienes una forma de bailar
que me fascina.
Lolita,
contigo bien quisiera tuistear
toda la vida.
Lolita, Lolita, mi amor».

(**La CHICA se va y el HOMBRE explica a los espectadores...**)

HOMBRE- Bueno esto de los señores mayores y de las chicas jóvenes es un lío. Sobre todo últimamente, antes las cosas eran más claras. Si un caballero de edad avanzada -un jubilado, por ejemplo- invitaba a una jovencita a un chupa-chup en el Retiro, pues venía un guardia, le ponía una multa y lo sacaban en la página de sucesos de «ABC». Ahora no. Ahora los jubilados no van a los parques porque los violan. (Las jovencitas, por supuesto.) Aunque, en fin, hay violaciones que llevan al cielo a pesar de que se producen in articulo mortis. De manera que, aun a riesgo de ganarme la eternidad, puse un anuncio y contraté a la secretaria más joven de Madrid.

(El PIANISTA toca «Una chica ye-yé» y entra la CHICA. Estamos en la oficina-despacho de Pepe.)

CHICA.- Es que, como soy muy joven, a lo mejor no le valgo a usted de secretaria.

HOMBRE.- Mujer, ¿por qué? ¿La mecanografía funciona?

CHICA.- Sí, señor. Con dos dedos, pero sí.

HOMBRE.- ¿Y la taqui?

CHICA.- Vaya.

HOMBRE.- ¿Y el francés?

CHICA.- Muy bien. Veo muchas películas en Perpignan.

HOMBRE.- ¿Y el inglés?

CHICA.- *Very well, and you?*

HOMBRE.- Entonces...

CHICA.- Ya, pero como ustedes los hombres son tan suyos... ¿De veras no le importa que sea tan joven?

HOMBRE.- No. De veras.

CHICA.- Muchas gracias. ¡Qué ilusión! ¿Y cuándo empiezo?

HOMBRE.- Mañana.

CHICA.- Pues qué bien. Hasta mañana. **(Inicia el mutis. Antes de marcharse del todo, se vuelve para decir...)** Ah, una cosa. Yo, además de joven, soy mocita. A usted eso no le molesta, ¿verdad?

(Y se marcha. El HOMBRE habla al público.)

HOMBRE.- No lo entendí. ¿Por qué me iba a molestar que fuera «mocita» como ella decía de un modo más o menos peyorativo?

(La CHICA vuelve a entrar.)

CHICA.- Es que a mí sí me molesta. No puede usted figurarse los follones que me trae este asunto. La menstruación, por ejemplo. Tengo que trabajar poquito porque en cuanto he de cumplir un horario muy rígido se me retira la regla. Los médicos dicen que me regularé cuando me case o cuando me decida a cambiar de naturaleza, pero es lo que yo digo, mientras tanto... Una vez estuve sin el período cuatro meses y me asusté muchísimo, porque siendo mocita, a ver.

HOMBRE.- Claro. ¿Le puedo dictar una carta?

CHICA.- Sí señor, lo que usted mande. Para eso estamos.

(El HOMBRE empieza a dictar muy despacio y la CHICA escribe taquigráficamente.)

HOMBRE.- Señor don Feliciano Marín, Larios, 19, Málaga. Muy señor mío...

CHICA.- Perdone, pero ¿no podría hablar más despacio?

HOMBRE.- ¿Más?

CHICA.- Es que si se embala usted, no hay manera.

HOMBRE.- Dígame, señorita: usted para la taquigrafía, ¿qué sistema utiliza?

CHICA.- El lógico: escribo una palabra detrás de otra y vale.

HOMBRE.- Una palabra detrás de otra... ¿enteras?

CHICA.- Sí señor. Es algo lento, pero más seguro. De lo contrario, después te armas un lío y no se entiende.

HOMBRE.- O sea, que usted nunca tomó clases de taquigrafía.

CHICA.- Empecé un curso intensivo, pero era tan intenso que se me cortó el período a la mitad y, claro, no seguí.

HOMBRE.- Está bien. Continuaremos otro día.

CHICA.- No sabe lo que se lo agradezco. Me estaba empezando a sentir fatal.

(Y se va. El HOMBRE se dirige de nuevo a los espectadores.)

HOMBRE.- Le encargué que recibiera a las visitas. Bueno, las recibía y se las llevaba a tomar café. Y si eran extranjeros, al Museo del Prado. Aunque ella no entraba.

(La CHICA vuelve a aparecer.)

CHICA.- Ni loca. A mí hay pinturas que me sientan como un tiro. Las del Bosco, sin ir más lejos. Me ponen nerviosísima y en cuanto me descuido me quedo sin ovular una temporada.

HOMBRE.- Pues sí que es un problema.

CHICA.- En absoluto. Con no aparecer por el Prado, resuelto. En cambio, la tele me va fenomenal. Con ««Bonanza»» fue como un milagro: me regulé para dos años.

(Y se marcha otra vez, lo que aprovecha el HOMBRE para reanudar su charla con el público.)

HOMBRE.- Estaba obsesionada con este asunto. Por las mañanas, apenas llegaba a la oficina, distribuía en los cajones cinco o seis paquetes de tampax.

(Entra la CHICA.)

CHICA.- O nueve o diez. Según.

HOMBRE.- ¿Tantos?

CHICA.- Nunca se sabe. Una amiga mía se sintió «indispuesta» de repente y no paró hasta el siete de julio.

HOMBRE.- San Fermín.

CHICA.- Por eso. Tenía un novio al que le iban a operar de una hernia umbilical y, como se curó misteriosamente de un día para otro, le había prometido al santo correr en un encierro.

HOMBRE.- ¿Y ella?

CHICA.- No, ella no tenía que correr. Sólo acompañarle.

HOMBRE.- Ya.

CHICA.- Total, que le dijo: «O te pones buena en seguida o me voy a Pamplona con Pili Merche».

HOMBRE.- Y se puso.

CHICA.- Cualquiera. Tiró los tampax por el balcón y para el chupinazo de la Plaza del Castillo estaba hecha una rosa.

HOMBRE.- El amor.

CHICA.- Eso digo yo: que hace milagros.

HOMBRE.- ¿Usted es muy católica?

CHICA.- Sí señor y que no falte. Y, además, soy muy devota de Santa Rita.

HOMBRE.- Santa Rita, Rita, Rita, lo que se da no se quita.

CHICA.- No le veo la gracia. Usted es un descreído y por eso debió de dejarle su señora.

HOMBRE.- Lo siento. Era una broma.

CHICA.- Ni broma ni nada. Con las cosas santas no se juega. Por cierto: he pensado que ya está bien de ser mocita.

HOMBRE.- Ah, ¿sí?

CHICA.- Sí. De manera que si tiene usted mañana la tarde libre, ya sabe.

HOMBRE.- Es que había quedado con unos amigos en el Parque Sindical.

CHICA.- ¿Y por el Parque Sindical me va usted a despreciar? Vaya facha.

(Se marcha otra vez. El HOMBRE se dirige al público.)

HOMBRE.- Esto es lo que yo llamo un argumento convincente. De forma que al otro día, cuando se marchó de la oficina todo el mundo, me quedé esperándola.

(Regresa la CHICA.)

CHICA.- Hola. Aquí estoy. ¿Cuándo empezamos?

HOMBRE.- No quisiera pecar de indiscreto, pero, ¿usted por qué quiere dejar de ser mocita?

CHICA.- Porque me siento discriminada. Como los negros. Como los gitanos. Como los subnormales. Así que no perdamos más tiempo. ¿Sobre qué mesa va a ser el trabajito?

HOMBRE.- Espere, espere... Discriminada, ¿en qué sentido?

CHICA.- Estoy harta de preocuparme por si tengo «una falta» o de observarme todos los días «a ver si mancho». ¿Entiende?

HOMBRE.- A medias, porque si sigue siendo mocita, ¿dónde está la preocupación?

CHICA.- Muy sencillo: porque no quiero ser mocita y embarazada al mismo tiempo.

HOMBRE.- Eso no es posible.

CHICA.- Por si acaso.

(Cambian las luces y el HOMBRE dice a los espectadores...)

HOMBRE.- Nos acostamos. Ella perdió su virginidad y yo la tarde. A cambio, he ganado una secretaria fenomenal. Desde que no es mocita y desde que se acuesta con todos mis colaboradores, escribe taquigrafía muchísimo mejor.

(La CHICA interviene haciendo ahora de ella misma.)

CHICA.- Muy bonita historia. Y muy edificante. ¿No te da vergüenza?

HOMBRE.- Ninguna. Entre otras razones porque no es verdad. Me acosté con mi secretaria. Y encima de la mesa del contable que era miembro del Opus, pero nada más.

CHICA.- ¿Cómo «nada más»?

HOMBRE.- Lo que oyes: que tuve un lapsus y se me fue el santo al cielo.

CHICA.- Los años.

HOMBRE.- No, los años no: el lapsus.

CHICA.- Te sentaría fatal, supongo.

HOMBRE.- Hombre, no se me ocurrió montar una tómbola para celebrarlo, pero en fin, estas cosas pasan. No se cuentan, pero pasan.

CHICA.- Y el orgullo sufre, claro.

HOMBRE.- No es que sufra; digamos que disminuye.

CHICA.- La culpa es vuestra. Si no os expusierais a estos peligros con menores de edad...

HOMBRE.- ¿Qué tendrá que ver? En primer lugar, tenía más de dieciocho años, y en segundo, esto te puede pasar con una menor o con Celia Gámez. Depende. Bueno, y o me bajo en la próxima, ¿y usted?

(El HOMBRE se va mientras la CHICA habla al público.)

CHICA.- Toda esta discusión viene a cuento de que también yo una vez -después de haberme separado de Pepe, por supuesto- me enamoré de un chico al que le llevaba pocos años. **(El decorado se transforma en uno de esos pequeños cafés que estuvieron de moda y en los que alguien -casi siempre un estudiante- cantaba, con buenísima intención, música sudamericana. Sentado sobre una silla muy alta, el HOMBRE canta un tango. Un pequeño proyector le ilumina la cara. Para que no haya dudas sobre su procedencia y para contribuir al toque erótico, viste un poncho de colores vivos. En la penumbra, la CHICA se sienta discretamente. Cuando el tango termina, aplaude. Con una punta, tal vez, de excesivo entusiasmo. El HOMBRE agradece el aplauso fríamente mientras va a acomodarse a algún lugar distante. La CHICA le cuenta al público...)** Acabé encontrando un trabajo como representante en Madrid de una editorial catalana. Esto me obligaba a viajar con frecuencia: prácticamente, todas las semanas. Me aburriría. Hacia las ocho de la tarde terminaba mis obligaciones y no sabía qué hacer. Hasta que descubrí un pequeño sitio de música sudamericana. «La pampa fría» era su nombre. **(Al mismo tiempo que hablaba, ha estado escribiendo algo en una tarjeta. Ahorale chista, con cierta timidez, al PIANISTA.)** Eh... oiga... por favor... Perdone que le moleste, pero, ¿le importaría entregarle esta nota al cantante?

PIANISTA.- No es un cantante: es un cantautor.

CHICA.- Ah... disculpe... Como le he oído cantar eso de «Corrientes 348».

PIANISTA.- Sí, nada de lo que canta es suyo, pero hay que llamarle cantautor porque si no se molesta. Dice que se le hace de menos.

CHICA.- Ya. De todas formas, ¿le importaría entregarle esta notita?

PIANISTA.- No, no señora, yo en este establecimiento hago un poco de todo.

(El PIANISTA llama al cantautor y le entrega la nota señalado a la CHICA quien, nerviosamente, juega con un vaso en el que hay, con toda seguridad, un poco de whisky. Después, el HOMBRE, muy despacio -casi a ritmo de tango- llega hasta la CHICA mirando lo que dice la tarjeta.)

HOMBRE.- ¿Concha?

CHICA.- Sí: Concha.

HOMBRE.- ¿Usted sabe lo que significa «concha» en Buenos Aires?

CHICA.- ¿Algo malo?

HOMBRE.- Según como se mire. Por ejemplo: un tipo va por la Avenida de Mayo y otro le dice sin más «la concha de tu madre» y el tipo saca una pistola y lo apiola.

CHICA.- Caray, de manera que Concha...

HOMBRE.- Eso.

CHICA.- ¿Y Conchita?

HOMBRE.- Lo mismo en más pequeño.

CHICA.- Ya, ya, no sabía. Claro, usted como es argentino...

HOMBRE.- No, yo soy de Chichón. Lo que pasa es que viajo.

CHICA.- Disculpe. Como le he oído cantar tangos...

HOMBRE- ¿Y qué? ¿O es que cada vez que oye usted «Asturias, patria querida» piensa que el que está cantando es de Ribadesella?

CHICA.- No, claro.

HOMBRE- La música latinoamericana está de moda. Más de moda que Chichón, evidentemente. De manera que yo voy y canto: tangos argentinos, corridos mexicanos, cumbias colombianas, sambas brasileiras, valsecitos peruanos... Lo que me echen.

CHICA.- Ya. ¿Quiere tomar algo?

HOMBRE.- Vaya, ya era hora. Normalmente no me dedico al descorche, pero en fin... Paga usted... por supuesto.

CHICA.- Por supuesto.

(**El HOMBRE le grita al PIANISTA.**)

HOMBRE- Paco, lo de siempre.

CHICA.- Otro para mí, por favor.

HOMBRE- Otro... ¿señora o señorita?

CHICA.- Señorita.

HOMBRE- Otro para la señorita, Paco.

PIANISTA.- Marchando.

(**El HOMBRE vuelve a mirar la tarjeta.**)

HOMBRE- ¿Bailamos?

CHICA.- Bueno.

HOMBRE- De manera que vende usted libros.

CHICA.- Bueno, no por las calles ni siquiera de puerta en puerta, pero los vendo.

HOMBRE- No me gustan los libros. Lo mío es la contracultura.

CHICA.- También vendo libros sobre la contracultura.

HOMBRE- Me refiero a la contracultura no escrita. Cuando la contracultura se escribe deja de ser contracultura para convertirse en cultura. Es decir: un opio, un producto, un signo, una mierda. Usted sabrá lo que es una mierda, supongo.

CHICA.- ¿En la Argentina?

HOMBRE- No; en general.

CHICA.- Pues sí, más o menos.

HOMBRE- La cultura es una mierda, la sociedad es una mierda, la civilización es una mierda, los libros son una mierda. ¡Usted es una mierda!

CHICA.- Hombre, yo...

HOMBRE- Sí, usted es una mierda porque vende libros de mierda. ¿Por qué vende libros de mierda una mierda como usted? ¿Por qué?

CHICA.- La verdad, yo no creí...

HOMBRE- No me diga más palabras de mierda, por favor. Ya está bien.

(El PIANISTA ofrece las bebidas.)

PIANISTA.- Lo de siempre.

(El HOMBRE se queda mirándolas atónito. La CHICA se atreve a decir.)

CHICA.- Una mierda, ¿no?

HOMBRE- Sí, una mierda. Y además de garrafa. Venga, vámonos a la comuna.

(El decorado se transforma en un lugar cochambrosísimo en el que hay de todo, aunque todo, naturalmente, en muy mal estado. La CHICA aprovecha la transformación para decir.)

CHICA.- Yo nunca había estado en una comuna, de manera que la cosa me hizo muchísima ilusión. No sé por qué la creía de otra forma. No me refiero a la cochambre, claro. Con eso ya contaba. No... que... bueno... que la imaginaba más concurrida.

(La CHICA se interrumpe y observa a su alrededor.)

HOMBRE.- ¿Qué miras?

CHICA.- No... nada... ¿y tus amigas?

HOMBRE.- ¿Qué amigas?

CHICA.- Pues... las tuyas... las que viven contigo... las de la comuna.

HOMBRE.- Oye, si tú te has creído que esto es una casa de putas...

CHICA.- No, no, perdona, lo decía...

HOMBRE.- Además, yo vivo solo. En una comuna, pero solo.

CHICA.- No entiendo.

HOMBRE.- Pues está clarísimo. ¿No hay gente que vive sola en un apartamento, en un piso, un duplex, un chalet, una buhardilla? Bueno, pues yo vivo solo en una comuna.

CHICA.- No es lo mismo.

HOMBRE- Sí es lo mismo. Lo que pasa es que las mierdosas palabras lo enmierdan todo y terminan dándole distintos significados a lo que en el fondo es la misma cosa. Aparte de que las comunas con gente no funcionan. Yo vivo solo... en comunidad conmigo mismo. Otro invento. ¿Te canto algo?

CHICA- ¿Un tango?

HOMBRE- No, un tango no. Me joden los tangos. En Buenos Aires nadie canta tangos. Ni siquiera Borges, que escribe libros de mierda sobre los tangos, pero que, afortunadamente, tampoco los canta. En América sólo cantan tangos en Medellín, esa enmerdada ciudad de Colombia en la que se estrelló Carlos Gardel y, claro, se quedaron traumatizados de resultas. No: el tango es el subdesarrollo. Yo lo que domino es la canción francesa. Georges Brassens sobre todo. **(Se arranca con una canción de Georges Brassens que no llega a terminar porque...)** No entiendes nada, supongo.

CHICA- Algo. *Un peu.*

HOMBRE- *Un peu... un peu...* Lo pronuncias tan mal que parece que te hayas quedado corta. ¿Cómo puedes ir por ahí vendiendo libros mierdosos sin saber ni una mierda de francés?

CHICA- Sé un poquito de inglés.

HOMBRE- El inglés es un idioma bárbaro. En Buenos Aires a Shakespeare lo tienen que traducir porque si no no se entiende, o sea, que ya me contarás. En cambio, el francés... **(Vuelve a cantar otro fragmento de la canción de Brassens.)** ¿Suena bien, no crees? *Il faut parler français ma môme. C'est la gloire...!*

CHICA- Y tú, ¿dónde lo aprendiste?

HOMBRE- En París, naturalmente. En mayo del 68. Durante la Revolución. Yo tomé el Teatro Odeón. Bueno, yo y algunos más, claro, pero lo tomé. Te voy a traer un poco de chocolate. Ahora vuelvo.

(El HOMBRE se va y la CHICA cuenta.)

CHICA.- Me chifla el chocolate. Debe de ser porque mi madre me lo daba todos los días en el desayuno. En cuanto me ofrecen chocolate me animo en seguida. Entre esto y lo de la Revolución me puse contentísima. Lo malo fue que me sentó fatal.

(El HOMBRE regresa fumando un porro que le pasa a ella en seguida para que le dé una calada. Poco a poco, la habitación empieza a llenarse de humo.)

HOMBRE.- Que no tienes costumbre. Sólo eso. El chocolate no le sienta mal a nadie, *ma cocotte*. Simplemente que te habían lavado el cerebro con unos cuantos prejuicios de mierda. Un «coco-wash»... eso... eso es lo que te habían hecho... un «coco-wash». ¿Cómo sigues?

CHICA.- Vaya. Regular.

HOMBRE.- Aspira profundamente. No tengas miedo. Es el salto generacional, ¿sabes? Claro, tú eres una inmadura y no entiendes. Te voy a contar un secreto. Los pioneros de la generación «beat» descubrieron que Monna Lisa era un mariquita de la CIA. Ese fue el origen de la contracultura. Y por eso yo, después, tomé el Odeón.

CHICA.- Con otros.

HOMBRE.- Sí, con otros, y no me chingues más el párrafo, coño. Porque éramos los herederos de los «beatniks», de los «diggers», de los primeros «hippies»... Los hijos de Mac Luhan, de Marcuse... Los admiradores de Ginsberg, los desterrados de Greenwich Village, los naufragos de Nanterre... ¿No se tomó la Bastilla? Bueno, pues nosotros tomamos el Odeón. *Pour faire l'amour, pas la guerre*. Tú comprendes, *ma petite*?

CHICA.- No.

HOMBRE.- Mierda. Estaba seguro. Siempre me lío con tipas que no entienden. La anterior creía que De Gaulle era el nombre de un perfume. «Christian De Gaulle» decía la muy puta. *¡Quel horreur!*

**(La habitación se ha llenado ya de bastante humo.
Siguen dándole al porro.)**

CHICA.- Oye, ¿no hueles a quemado?

HOMBRE.- Sí. Es que en el piso de abajo hay un chino al que le gusta el arroz tres delicias bastante hecho. ¿Qué te decía?

CHICA.- Lo de De Gaulle.

HOMBRE.- Eso. Un cabrón con pintas. Sacó a la *gendarmerie* en manifestación y nos corrió por el Boulevard Saint Michel a hostia limpia. Tú no serás muy religiosa... supongo.

CHICA.- No, no mucho.

HOMBRE.- Lo digo por la expresión, pero es que hay palabras que refuerzan lo que se quiere decir... ¿Te leo mis poemas?

CHICA.- ¿Vas a poder con este humo?

HOMBRE.- No me destremes, ¿quieres? Para humo el del Quartier Latin. ¿O es que vamos a dejar que el mierda ese de chino nos escoñe el festejo? **(Y, sin pensarlo más, tira de papel. Mientras ellos siguen con el porro, el humo continúa invadiendo la habitación.)** «A la mierda».

CHICA.- ¿Te vas?

HOMBRE.- No. Es el título del poema.
«Cuando la mierda, ¡chaf!,
cae en el agua, ¡plas!,
todas las ranas, ¡clac!,
huelen a mierda, ¡puac!»
Ves el mensaje, ¿no?

CHICA.- Hombre, así, de repente... lo encuentro onomatopéyico.

HOMBRE.- La mierda es la sociedad -la de consumo, *naturellement-* y las ranas los hombres. O sea, que la sociedad de consumo, ¡chaf!, cae como mierda sobre los hombres, ¡plas! Explicado así se entiende mejor, ¿no? Claro, tú no puedes aceptarlo porque eres reaccionaria.

CHICA.- ¿Yo reaccionaria?

HOMBRE.- Reaccionaria y mayor. Todo el mundo se acaba haciendo reaccionario y mayor. Es así de enmerdante. **(Hay una pausa. La CHICA no sabe qué contestar.)** ¿Qué te pasa? Te has quedado muy pensativa.

CHICA.- Estaba pensando en alguien a quien llamé mayor no hace mucho.

HOMBRE.- ¿Y qué le pasó?

CHICA.- Nada. Se ahogó.

HOMBRE.- Hizo bien. Para lo que hay que ver en esta mierda de vida...

CHICA.- Sí... seguramente.

(Otra pausa.)

HOMBRE.- ¿Nos acostamos?

CHICA.- No... gracias. Otro día.

HOMBRE.- *Comme tu veux, mon petit lapin.*

(Y, sonriendo, vuelve a cantar: o algo francés o un tango. De repente, entre el humo, vocifera el PIANISTA con una coleta larguísima.)

PIANISTA: Ustedes «peldonen» que «intelump», pero mí «cleel» que la casa se quema. Salgan «coliendo», *please.*

HOMBRE.- *Merde!* ¡El chino!

(Y se va, efectivamente, corriendo.)

CHICA.- ¡Mierda, mierda, mierda...! Vaya una mierda de vida y vaya una mierda de amor. Para una vez que me había ligado a un tío joven... **(Empieza a dar patadas a todo lo que encuentra.)** ¡Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda...! ¡Vayámonos todos a la mierda en barca! **(El HOMBRE la interrumpe. Vuelve a ser él mismo.)**

HOMBRE.- No, en barca no que luego pasa lo de Menorca. Total, que porque el cantautor te salió raro, tú decidiste tirarte al chino.

CHICA.- Yo no... Bueno, yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

HOMBRE.- No te bajes en la próxima y escúchame. Estoy harto de aguantar tus historias.

CHICA.- Hombre, mira qué gracioso. Y yo de aguantar las tuyas.

HOMBRE.- Harto de interpretar personajes que no me van.

CHICA.- Lo mismo digo.

HOMBRE.- Aparte de que tengo una empanada mental impresionante: y a no sé cuándo soy el señor mayor que se suicidó camino de Menorca, el novio gilipollas que acabó en la cárcel o el italiano con el que perdiste la inocencia y lo otro en un hotel de Laredo.

CHICA.- ¿Y tú crees que a mí me divierte hacer cada cinco minutos de Eulalia, de Maruja, de tu secretaria o de Charles Laughton?

HOMBRE.- Me figuro.

CHICA.- Te figuras, ¿qué?

HOMBRE.- Me figuro que no.

CHICA.- ¡Pues entonces!...

HOMBRE.- ¿Lo dejamos?

CHICA.- Hecho.

HOMBRE.- Porque si no, no acabaríamos nunca. Yo me podría pasar contándote anécdotas como estas toda la noche.

CHICA.- Y yo.

HOMBRE.- Ah, ¿sí? ¿Tú también? No sabía.

CHICA.- Pues a ver si te enteras. ¿Qué creíste? ¿Que después de separarme de ti me iba a quedar más aburrída que una mona?

HOMBRE.- Por lo que veo, has tenido una vida sentimental muy agitada.

CHICA.- Vaya. Como la tuya, poco más o menos.

HOMBRE.- Lo mío es distinto.

CHICA.- ¿Por qué?

HOMBRE.- Porque sí. Y no sigamos esta conversación. Me pone nervioso.

CHICA.- Como quiera el señor. Como mande el señor. ¿Le traigo las zapatillas al señor?

HOMBRE.- Sin bromas, ¿quieres? Se trata de ti y de mí. De nosotros, como si dijéramos. Nos separamos. Tú has tenido tus historias y yo las mías. Pero, ¿por qué? ¿Por qué nos separamos? No sería sólo por aburrimento... supongo. Nunca me creí esa excusa. Venga, cuéntame: ¿qué era lo que te molestaba de mí?

CHICA.- No sé... déjame que piense... Te huelen los calcetines, por ejemplo.

HOMBRE.- ¿Que me huelen...?

CHICA.- Sí, perdóname. Es muy incómoda hacer estas confianzas en público, pero... es la verdad... casi nunca te cambias de calcetines y, claro, acaban oliendo.

(El HOMBRE se ha quedado profundamente herido.)

HOMBRE.- Eso no me lo había dicho nadie.

CHICA.- Porque les daría vergüenza, seguramente. Y luego, con los amantes no se convive. Se hace el amor y en paz. No da tiempo a oler los calcetines.

HOMBRE- Ya.

CHICA- Lo siento. **(Pausa. Ninguno sabe qué decir.)**
¿Y yo?

HOMBRE- ¿Tú?

CHICA- ¿Qué es lo que no soportas de mí?

HOMBRE- ¿Aparte de tu madre?

CHICA- Mi madre no soy yo. Contesta.

HOMBRE- Tus kleenex. Tus odiosos e insoportables kleenex. Los del baño. Los de la mesilla de noche. Los del bolsillo. Los de la cocina. Los de la almohada. Los del sofá. Los del cenicero. Los de la terraza. Los de las sillas. Los de la televisión. Los del tocadiscos... Para la pintura, para los mocos, para las lágrimas... ¡Kleenex, kleenex, kleenex...! ¡No se puede vivir con una mujer que se acaba convirtiendo en una monumental caja de kleenex!

CHICA- ¿Y por culpa de los kleenex me dejaste?

HOMBRE- Y tú a mí... ¿me dejaste por unos calcetines?

CHICA- No parece un motivo.

HOMBRE- A lo mejor no lo era.

(Otra pausa. El PIANISTA empieza a tocar «Et maintenant».)

CHICA- Cuando nos conocimos, esta canción estaba de moda.

HOMBRE- Sí. Gilbert Beaud, Charles Trenet... Nuestro descubrimiento de Sartre... Camus... Genet... Éramos muy jóvenes... Todavía creíamos en una *vie en rose* envasada en París...

(El PIANISTA toca «La vie en rose» y la CHICA inicia la canción. Luego se interrumpe.)

CHICA.- Eran los terribles cincuenta y Marilyn Monroe ya había rodado «Los caballeros las prefieren rubias», Marlon Brando «La ley del silencio», y Porfirio Rubirosa aún estaba vivo en las primeras páginas de las revistas del corazón.

HOMBRE.- El presidente Truman había dicho para la Historia: «El automóvil ha separado las familias; la televisión vuelve a unirlos».

(Cantan los dos riéndose: «La televisión, pronto llegará», etcétera.)

CHICA.- No había mucho que unir.

HOMBRE.- No, no mucho.

CHICA.- Madrid limitaba al norte con la colonia del Viso y al sur con la colonia Cruz Verde.

HOMBRE.- Sí. Madrid seguiría oliendo a Cruz Verde, a Visnú y a Depurativo Richelet.

CHICA.- Los niños españoles querían ser «El guerrero del antifaz».

HOMBRE.- Misteriosamente, Henry Miller ya había escrito: «La Pascua llegó como una liebre congelada».

CHICA.- Pero nadie tuvo la gentileza de comunicárnoslo.

HOMBRE.- No, nadie.

CHICA.- Porque Perico Chicote estaba jugando al mus con Agustín Lara y María Félix paraba la circulación en la Gran Vía.

(El PIANISTA toca «María Bonita»: «Acuérdate de Acapulco»..., etcétera.)

HOMBRE- Y mientras los españoles se acordaban de un Acapulco que no conocían, nadie se paraba a contar los primeros muertos de Indochina.

CHICA- ¿Qué importaba? Después de todo, también Tyrone Power iba a morirse...

(**El PIANISTA, la CHICA y el HOMBRE cantan.**)

LOS TRES- «Cuando quieras coger el tranvía,
¡a lo loco, a lo loco!,
que si no perderás todo el día,
¡a lo loco, a lo loco!
con un haiga, dinero y amor
¡a lo loco, a lo loco!,
a lo loco se vive mejor».
(**Dejan de cantar.**)

HOMBRE- ¿Qué nos ha pasado?

CHICA- Nada. La vida ha pasado. Nada más. Y una generación: la nuestra. (**Silencio.**)

HOMBRE- Si nos dieran la oportunidad de volver a empezar, de inventarnos otra vez nuestra historia desde un principio, ¿crees que nos saldría mejor?

CHICA- Quizá.

HOMBRE- Si yo prometiera cambiarme de calcetines todos los días...

CHICA- Y si yo te jurara que no me iba a dejar los kleenex por los rincones...

HOMBRE- ¿Lo probamos?

CHICA- ¿Se puede?

HOMBRE- En la vida, no; en el teatro, desde luego.

CHICA- ¿Qué hay que hacer?

HOMBRE- Todo empezó en un metro, ¿no?

CHICA- Sí.

HOMBRE- Yo iba de pie, leyendo un periódico. Tú subiste en una estación. No recuerdo cuál. Te pusiste a mi lado. Me empujaste. Cruzamos unas frases. Cualesquiera. Da igual. De pronto nos caíamos bien y yo te dije: «Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?» ¿Te acuerdas?

CHICA- Claro.

HOMBRE- Repitamos esa escena.

CHICA- ¿Igual?

HOMBRE- No, igual no. Eso sería caer en la trampa del destino. De otra manera. Bastará con que digamos otras frases para que todo, absolutamente todo, sea distinto. ¿Te atreves?

CHICA- Vamos.

HOMBRE- Recuérdalo: ni una sola de las palabras que dijimos entonces. No lo olvides.

CHICA- No lo olvidaré. Descuida.

(Oscuro. Lentamente sonido de metro. Mientras va aumentando el volumen... Efecto ventanillas. Volumen al máximo. Después... El metro se detiene. Frenazo. Cesa efecto ventanillas. Luz general. Hemos llegado a una estación. Sonido puertas que se abren. Murmullo gente que entra. Aparece la CHICA. Tropezó con el HOMBRE.)

CHICA- Perdón.

(Las puertas vuelven a cerrarse. Los vagones se ponen en marcha otra vez. De nuevo efecto ventanillas. El volumen del sonido aumenta y luego disminuye para que se pueda oír el diálogo. Se nota perfectamente que el HOMBRE y la CHICA hacen un esfuerzo para no decir lo mismo que dijeron entonces. Y, sin embargo...)

CHICA- ¿Le hice daño?

HOMBRE- Si me hubiera hecho daño, lo habría dicho.

(Se miran. Se dan cuenta de que están repitiendo el diálogo de su primer encuentro. El vagón se mueve mucho. De pronto, en una curva, el HOMBRE pierde la estabilidad y está a punto de caer sobre la CHICA. La pisa.)

HOMBRE- Perdona, ¿la pisé?

CHICA.- Si me hubiera pisado, lo habría dicho.

(No hay nada que hacer. Están representando la escena exactamente igual: las mismas acciones, las mismas frases... La imposibilidad de romper las reglas de su propio juego les hace gracia. Ahora se divierten. Son cómplices. Se sonríen. Se gustan. Se aman aunque ya han entendido que tienen que separarse. Se encogen de hombros y dicen al mismo tiempo.)

LOS DOS.- Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?

(Oscuro. El PIANISTA está cantando «Les feuilles mortes» de una manera, la verdad, escandalosa.)

TELÓN